

Principios básicos para el servicio en la vida de iglesia

CONTENIDO

- 1.** El servicio del sacerdocio
- 2.** Servir en el espíritu para ministrar a Cristo a otros
- 3.** Servir en coordinación
- 4.** La relación que existe entre el ministerio y la iglesia
- 5.** Predicar el evangelio en la iglesia
- 6.** Experimentar la realidad de la vida del Cuerpo

PREFACIO

Este libro se compone de mensajes dados por el hermano Witness Lee en un entrenamiento celebrado el verano de 1963 en Altadena, California. Los capítulos del uno al tres fueron publicados anteriormente en el libro *To Serve in the Human Spirit* [Servir en el espíritu humano]. El resto de los mensajes no fueron revisados por el orador.

CAPÍTULO UNO

EL SERVICIO DEL SACERDOCIO

Lectura bíblica: 1 P. 2:5, 9; Ro. 12:1-2, 4-7

La vida cristiana tiene dos aspectos: el aspecto de la vida y el del servicio. Como hijos del Señor necesitamos llevar una vida espiritual apropiada y, además, necesitamos realizar un servicio espiritual apropiado. El servicio cristiano apropiado gira en torno a la vida divina y es llevado a cabo en el Cuerpo. Dicho servicio espiritual se presenta como el sacerdocio en 1 Pedro 2:5, que dice: “Vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”.

Según este versículo, el sacerdocio santo es la casa espiritual. La casa espiritual edificada con los santos equivale al sacerdocio santo. La casa es el sacerdocio, y el sacerdocio es la casa. Estos son dos aspectos de una misma cosa, dos aspectos en cuanto a la edificación de los santos. Este edificio es la casa de Dios y es el sacerdocio de Dios, es decir, no se trata meramente de unos sacerdotes, sino de un sacerdocio.

A continuación, el versículo 9 menciona el real sacerdocio: “Mas vosotros sois un linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable”. Este real sacerdocio es la casa espiritual. Estos tres asuntos son cruciales: la casa espiritual, el sacerdocio santo y el real sacerdocio. Por una parte, el sacerdocio es santo; por otra parte, el sacerdocio es real.

En el libro de Romanos, Pablo aborda tanto el tema de la vida cristiana como el del servicio cristiano. El servicio es presentado en Romanos 12: “Así que, hermanos, os exhorto por las compasiones de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio racional. No os amoldéis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable y lo perfecto” (vs. 1-2). En este versículo vemos que muchos cuerpos son ofrecidos como un sacrificio único, es decir, no son muchos sacrificios, sino un solo sacrificio que incluye muchos cuerpos.

Esta voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable y lo perfecto, es presentada también en los versículos 4-7, donde dice: “Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo

muchos, somos un solo Cuerpo en Cristo y miembros cada uno en particular, los unos de los otros. Y teniendo dones que difieren según la gracia que nos es dada, si el de profecía, profeticemos conforme a la proporción de la fe; o si de servicio, seamos fieles en servir; o el que enseña en la enseñanza”. Todos los servicios cristianos son realizados en el Cuerpo. Si se tiene el Cuerpo de Cristo juntamente con la práctica del Cuerpo, la expresión del Cuerpo y la vida del Cuerpo, entonces se tiene el servicio cristiano.

VIDA Y SERVICIO

En este capítulo estamos abordando el aspecto práctico de la vida cristiana, esto es, el servicio. En cuanto a nosotros como cristianos, siempre hay dos aspectos. El primer aspecto tiene que ver con la vida cristiana, y el segundo aspecto, con el servicio cristiano. Como hijos del Señor, por una parte necesitamos llevar una vida apropiada, una vida espiritual, y por otra necesitamos realizar un servicio apropiado, un servicio espiritual.

En Mateo 25 el Señor Jesús presentó dos parábolas: la parábola de las diez vírgenes, la cual trata sobre la vida cristiana, y la parábola de los talentos, la cual se relaciona con nuestro servicio. En lo que respecta a nuestra vida, debemos ser como las vírgenes que salimos del mundo al encuentro de nuestro Novio portando el testimonio de la luz. Ésta es nuestra vida; en cuanto al aspecto que gira en torno a la vida divina, necesitamos obtener el aceite y portar el testimonio de la luz. Necesitamos salir de este mundo, esperar el regreso del Señor y proseguir hasta encontrarnos con Él a Su regreso. En esto consiste la vida cristiana.

Inmediatamente después de esta parábola, el Señor habló la parábola de los talentos, la cual se relaciona con nuestro servicio. Tenemos que usar el talento, el don, que el Señor nos ha dado a fin de negociar y obtener ganancias para nuestro Señor. Siempre vemos estos dos aspectos en los hijos del Señor: la vida y el servicio. Tenemos que crecer en la vida divina y comprar el aceite, portar la luz y salir de este mundo para encontrarnos con el Señor a Su venida. También tenemos que usar de manera apropiada lo que el Señor nos ha dado como don o talento.

En la epístola de Romanos, el apóstol Pablo abarca estos dos aspectos. En la mayor parte de ese libro, el apóstol trata sobre el aspecto de la vida. Romanos presenta la secuencia del andar cristiano, de la vida cristiana. Al comienzo, en los primeros dos capítulos y medio, vemos a un pecador ante Dios. Luego, en los capítulos tres, cuatro y la primera parte del capítulo cinco, vemos que este pecador es justificado, perdonado, redimido y salvo por medio de la obra redentora de Cristo. Después, desde la segunda parte del capítulo cinco hasta el capítulo ocho, vemos que esta persona redimida, justificada y perdonada anda en la nueva vida, o sea, anda en el Espíritu. Esta persona

descubre el hecho de que el viejo hombre ha muerto y que en él no hay nada bueno. El viejo hombre, esto es, la vieja naturaleza, ha sido crucificada. Ahora el Espíritu de Cristo, quien es la corporificación misma de Cristo como vida en nosotros, vive dentro de nuestro ser. Debemos andar conforme a Él y andar en Él. Así que, tal persona, quien al principio era un pecador, ahora es un santo, uno que anda conforme al Espíritu. Finalmente, en el capítulo doce, vemos que los muchos redimidos que andan en el Espíritu, componen un solo Cuerpo en el Espíritu. Todos ellos son miembros de este único Cuerpo.

EL CRECIMIENTO EN LA VIDA DIVINA

Primero tenemos el aspecto de la vida, y luego el aspecto del servicio. Primero se establece lo relacionado con la vida divina, y después, sobre la base de ese hecho, se tiene el servicio. Sin la vida divina y el crecimiento adecuado en la vida divina, no podemos realizar el servicio. Los niños pequeños pueden hacer muchas cosas pero no pueden servir, ya que simplemente no han crecido lo suficiente en vida.

Para servir al Señor se requiere del crecimiento en la vida divina. El servicio no se menciona en Romanos seis ni en Romanos siete; de hecho, no se menciona sino hasta el capítulo doce, donde vemos que los pecadores han sido redimidos, justificados y liberados de la vieja naturaleza y andan en el Espíritu. Ellos ya poseen el verdadero crecimiento en la vida divina, y ahora son los miembros del Cuerpo que ejercen su función de forma práctica. El servicio cristiano se produce como resultado del crecimiento en la vida divina.

Si usted no tiene vida, no puede servir. Incluso si tiene vida pero carece del crecimiento apropiado en vida y aún es joven, infantil o incluso como un bebé, definitivamente no puede servir. El servicio requiere de la vida divina y del crecimiento en la vida divina, es decir, de la madurez en vida. Es un asunto de vida y de crecimiento en vida. No podemos servir al Señor si no hemos crecido en la vida del Señor. Esto es algo muy básico. Ésta es la razón por la cual hemos dado tanto énfasis al asunto de la vida divina, ya que nuestra expectativa es tener una vida de iglesia que incluya el servicio. Sin el crecimiento en vida, no hay posibilidad de que la iglesia sea edificada; y sin la edificación de la iglesia, no habrá posibilidad de tener el servicio de la iglesia, el servicio cristiano.

EL SERVICIO EN EL CUERPO

El servicio cristiano gira en torno a la vida divina y se realiza en el Cuerpo de Cristo. Es algo que se lleva a cabo en el Cuerpo y tiene que ver con el Cuerpo. Usted no puede

servir al Señor apropiadamente si es un cristiano individual. Para servir al Señor, tiene que darse cuenta de que el servicio es algo que se realiza en el Cuerpo.

Todo creyente es un miembro del Cuerpo, una parte del Cuerpo. Un individuo solo no es el Cuerpo. Los miembros del Cuerpo no pueden ejercer sus funciones sin el Cuerpo. Una mano es un miembro bueno y muy útil, pero si es cortada del cuerpo, no sólo se muere sino que se convierte en algo feo, terrible e incluso aterrador. A usted quizás le guste darme la mano, pero si mi mano estuviera separada del cuerpo, se convertiría en algo horrible.

Hoy muchos cristianos están separados, apartados de la realidad del Cuerpo. Pareciera que son miembros incorpóreos. Los miembros de un cuerpo son hermosos mientras estén unidos al cuerpo, pero en cualquier otro lugar son terribles. ¡Qué triste es que muchos cristianos hoy son como orejas que han sido separadas y colocadas sobre los hombros! ¿Cómo pueden servir al Señor así? ¿Cómo podríamos servir al Señor sin ser edificados junto con otros como miembros del Cuerpo? Esto es imposible.

No hablo sobre este punto según el simple conocimiento o la doctrina. Por la misericordia del Señor, puedo testificarles por mi propia experiencia de que por muchos años sencillamente no he sido capaz de servir al Señor sin el Cuerpo. Sin el Cuerpo, sin la vida de iglesia y sin la práctica de la iglesia, es imposible servir al Señor.

La vida del Cuerpo se halla en Romanos 12, y el servicio de la iglesia se lleva a cabo en la vida del Cuerpo, donde los miembros del Cuerpo, o sea, los miembros de la iglesia, ejercen sus funciones y sirven. Este asunto se presenta claramente en la Palabra. Debemos verificar si poseemos la realidad de la vida del Cuerpo o no. Si no la tenemos, simplemente somos santos que vagan. Si usted dice que está en la realidad del Cuerpo, tiene que considerar seriamente dónde está el Cuerpo. Si abandonamos el servicio al Señor, no habría necesidad de hablar acerca del Cuerpo, de la vida de iglesia. Pero si tenemos un corazón sincero para servir al Señor, tenemos que darnos cuenta de que el servicio se realiza en el Cuerpo.

EL SACERDOCIO Y EL CUERPO

El servicio cristiano es el servicio de los sacerdotes. Sabemos que todos los creyentes son sacerdotes y que la función, el deber, la responsabilidad, de los sacerdotes es servir al Señor. El servicio de los sacerdotes en el Antiguo Testamento no constaba de sacerdotes individuales que servían al Señor. Todos los sacerdotes que sirven al Señor tienen que ser edificados juntamente como un cuerpo. El servicio sacerdotal no es un servicio realizado por individuos, sino un servicio llevado a cabo por una entidad corporativa.

Para servir al Señor tenemos que ser edificados juntamente con otros como una entidad corporativa. Pedro dijo que llegaríamos a ser el sacerdocio después de que fuéramos edificados juntamente como casa espiritual (1 P. 2:5).

I. EDIFICADOS Y COORDINADOS

La palabra griega traducida *sacerdocio* es una palabra muy difícil de traducir. Pero según la realidad espiritual, el sacerdocio consiste en la edificación de los sacerdotes, es decir, equivale a la coordinación, la cooperación entre todos los sacerdotes. Ningún sacerdote sirve individualmente, sino que todos sirven en coordinación.

Mientras ministro, mi cuerpo entero sirve en coordinación. Mi boca no habla sin que haya una expresión en mis ojos o sin que yo haga algunos ademanes con mis manos. La boca incluso necesita de los pies, de las piernas y del cuerpo entero como apoyo. En conclusión, la boca necesita de las manos y los pies, y las manos y los pies necesitan de la boca y los ojos. Esto es el cuerpo entero que opera en coordinación, y éste es el principio fundamental del servicio cristiano.

A muchos de nosotros nos preocupa la predicación del evangelio. Si hemos de predicar el evangelio, tenemos que ser edificados juntamente unos con otros. Primero necesitamos la coordinación. Cuando seamos edificados como casa espiritual y tengamos la coordinación de los sacerdotes, entonces podremos predicar el evangelio.

El evangelio se predicó por primera vez el día de Pentecostés, después que ciento veinte personas habían sido edificadas y coordinaban juntas. Esas ciento veinte personas eran ciento veinte sacerdotes, y como tal, operaban en coordinación como un solo cuerpo. Creo firmemente que en ese día, cuando Pedro se puso en pie, él no se levantó solo, ni tampoco se levantó junto con los once, sino que Pedro estaba en pie junto con los cientos veinte. Cuando él les dijo a los judíos: “Vosotros matasteis a Jesús clavándole en una cruz”, pienso que todos los ciento veinte dijeron: “¡Amén!”. Cuando él dijo: “Vosotros lo crucificasteis, pero el Dios de nuestros padres lo resucitó”, ellos dijeron otra vez: “¡Amén!”. No fue simplemente un miembro del Cuerpo el que actuaba, es decir, no fue solamente la boca de Pedro la que hablaba, mientras todos los demás dormían o platicaban y dejaban al pobre Pedro hablar de una manera pobre, por sí solo. Ésa no fue la manera en que se predicó el evangelio aquel día; más bien, todos ellos predicaron el evangelio de una manera prevaleciente, en la cual todos los santos coordinaron juntos como una sola entidad. Por tanto, tal predicación fue poderosa y prevaleciente.

Para que el evangelio sea predicado de una manera prevaleciente, no se requiere tanto de gigantes espirituales o de evangelistas poderosos, sino que, más bien, se requiere del

Cuerpo, de un Cuerpo edificado que esté en coordinación. Numerosas personas serán traídas al Señor por medio de la iglesia edificada. Si todos nos uniéramos en el Cuerpo y estuviéramos firmes, incluso el más débil entre nosotros sería más fuerte, al estar en la coordinación, que cualquier persona individualmente fuerte.

Algunos se preocupan porque no tienen ningún don especial ni saben cómo servir al Señor. Esas cosas no importan. En tanto que estemos en la realidad del Cuerpo, eso es maravilloso. Todos debemos ser edificados juntamente en el Cuerpo. Si llegamos a ser una casa edificada, entonces seremos un sacerdocio que sirve, una coordinación sacerdotal que sirve. Esto es lo que necesitamos, es decir, una coordinación efectuada por medio de la edificación.

SACERDOTES SANTOS Y REALES

Por una parte somos el sacerdocio santo, y por otra, el real sacerdocio. Según la tipología del Antiguo Testamento, existen dos órdenes sacerdotales diferentes, el orden de Aarón y el orden de Melquisedec. El orden de Aarón es el orden santo. Ser santos consiste en ser apartados de las cosas comunes o mundanas y ser separados para el Señor. El orden santo es un orden separado del mundo, apartado de las cosas comunes, para el uso del Señor. A fin de tener el servicio en la iglesia, todos debemos ser edificados juntos, y debemos ser personas que se hayan separado del mundo, de las cosas comunes y del camino común y ordinario. Ser separados para Dios equivale a ser santos para Dios. Ser santos significa simplemente ser santificados, y ser santificados significa ser apartados de las cosas comunes y ser separado para las cosas divinas. Éste es el orden santo, el sacerdocio santo.

El orden de Melquisedec era el orden real. Melquisedec era un rey, y era un sacerdote real. Por un lado, somos los hijos de Aarón, los sacerdotes santos separados del mundo para el Señor. Por otro lado, somos Melquisedec, los sacerdotes reales.

Permítanme dar el siguiente ejemplo. Supongamos que la iglesia aquí va a predicar el evangelio. En primer lugar, tenemos que ser edificados juntos como un solo Cuerpo; tenemos que formar un ejército. Después, todos debemos separarnos del mundo y entregarnos al Señor. Todos tenemos que ir al Señor y orar por un lapso de tiempo, como aquellos ciento veinte en Hechos, quienes oraron por diez días. Ellos se separaron de las cosas mundanas, se entregaron al Señor y permanecieron con Él por diez días. Como resultado de ello, todos fueron llenos del Señor. En ese momento, eran los sacerdotes santos. Después de esos diez días, cuando salieron a decirles a las personas que Jesús es el Señor, el Salvador, lo hicieron de una manera real. Cuando fueron al

Señor, eran santos. Y cuando salieron de la presencia del Señor con la autoridad celestial, eran reyes; pertenecían a la realeza.

Cuando somos juntamente edificados, nos separamos del mundo para el Señor y oramos ante el Señor, entonces somos los sacerdotes santos. Después de mucha oración, todos hemos de ser llenos del Señor, incluso llenos del Señor que posee toda autoridad. Luego salimos como reales sacerdotes, como sacerdotes que pertenecen a la realeza, con la autoridad celestial para decirles a las personas algo sobre el Señor. Cuando nosotros, como Cuerpo, vamos ante el Señor y permanecemos en Su presencia, somos los sacerdotes santos, aquellos que son santos y separados ante Dios. Pero después de que oramos y recibimos la carga de parte del Señor y somos equipados con la autoridad celestial, podemos salir de la presencia del Señor para dirigirnos a las personas y servirles, e incluso ministrarles al Señor. En ese momento somos sacerdotes que pertenecen a la realeza, el real sacerdocio, aquellos que son celestiales y que tienen la autoridad celestial como reyes celestiales para ministrarles al Señor a las personas. El resultado de esto no es simplemente la predicación de la palabra, del evangelio, sino la predicación del evangelio con la autoridad real y celestial.

Los sacerdotes según el orden de Aarón siempre presentan ante Dios las necesidades de las personas. Ellos son santos. Pero un sacerdote según el orden de Melquisedec trae consigo algo de Dios para suministrárselo a otros, a fin de satisfacer la necesidad de los demás. Éste es el real sacerdocio.

Cuando renunciamos por completo al mundo y vamos ante el Señor para orar por los pecadores, diciendo: “Señor, ten misericordia, acuérdate de ellos, sálvalos y libéralos”, entonces somos los sacerdotes santos. Pero cuando salimos de la presencia del Señor después de mucha oración, a fin de ministrarles a los demás algo del Señor como vida, con el poder y autoridad celestiales, somos el real sacerdocio.

TRES ASUNTOS VITALES

Si hemos de servir al Señor siguiendo el camino del servicio en la iglesia, tenemos que prestar toda nuestra atención a estos tres asuntos. En primer lugar, tenemos que ser juntamente edificados como Cuerpo. No podemos realizar ningún servicio fuera de la vida de iglesia, fuera del Cuerpo. Definitivamente tenemos que ser edificados juntamente.

En segundo lugar, cada uno de nosotros tiene que ejercitarse en renunciar a todo lo mundano. Tenemos que separarnos de las cosas comunes, santificándonos para el Señor, y aprender cómo permanecer en la presencia del Señor, cómo presentarle a Él las

necesidades de las personas, las necesidades del mundo pecaminoso, y orar. Entonces seremos los sacerdotes santos.

Después de ofrecer suficiente oración al Señor, hemos de salir de la presencia del Señor a fin de ministrarlo poderosamente al mundo como el Salvador, la vida divina, el suministro de vida y la luz. En ese momento seremos los reales sacerdotes. Se requiere la coordinación, la separación y la autoridad celestial. Es necesaria la coordinación del Cuerpo, la separación de los sacerdotes santos respecto al mundo y su santificación ante el Señor, y la autoridad celestial de los reales sacerdotes. Entonces estaremos capacitados y autorizados para ministrar al Señor a otros como reales sacerdotes, como sacerdotes que pertenecen a la realeza, quienes poseen la autoridad celestial. A fin de obtener el verdadero servicio de la iglesia, estas tres cosas son fundamentales e incluso vitales.

Si usted tiene la carga de ministrar la Palabra a la iglesia, primero tiene que verificar si ha sido edificado en la realidad del Cuerpo y si está en la coordinación. Si no es así, es como si fuera un miembro separado. ¿Cómo, entonces, podría ejercer su función?

Después de esto, tiene que verificar si está separado para el Señor, y comprobar si ha pasado suficiente tiempo en la presencia del Señor en oración. Sin esto, no está calificado para servir, debido a que no es un sacerdote santo.

Además, debe comprobar un tercer punto: ¿Tiene usted la autoridad, la autoridad celestial? ¿Tiene usted algo que el Señor realmente le ha comisionado? Si es así, entonces podrá ministrarle al pueblo del Señor, no sólo con palabras, sino con autoridad. Siempre que ministre, sus palabras tendrán peso. El mensaje, las palabras, el ministerio, todo será de peso, debido a que usted tendrá la autoridad celestial propia de un real sacerdote.

La coordinación, la separación y la autoridad, éstos son los tres requisitos, el equipo, que necesitamos para ministrar. No se trata solamente de saber algo o de tener cierta carga por hacer algo. Necesitamos comprobar si hemos sido edificados juntamente con otros en la realidad del Cuerpo, si estamos en la coordinación del sacerdocio o no. Esto es algo vital. Jamás podremos mantenernos firmes contra las huestes malignas de las tinieblas por nosotros mismos, pues estas huestes malignas, los espíritus malignos, saben bien dónde estamos.

En Hechos 19:13-16 vemos que los siete hijos de Esceva intentaron echar fuera los espíritus malos valiéndose del nombre del Jesús que predicaba Pablo. Sin embargo, el espíritu malo les dijo: “A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes

sois?”. El nombre de Jesús ciertamente es poderoso en la boca de Pablo, pero quizás no sea poderoso en la boca de usted. Pablo coordinaba con los santos, estaba edificado juntamente con ellos. Él estaba en la coordinación del sacerdocio, se había separado del mundo y tenía la autoridad.

Incluso para ofrecer una oración en una reunión de oración o en la mesa del Señor, se requiere de estas tres cosas básicas: la coordinación, la separación y la autoridad. Si usted es uno con los santos en la coordinación, está separado del mundo para el Señor y es uno con la autoridad celestial, entonces, con sólo unas cuantas palabras que ore, los demás detectarían dominio, poder y realidad en su oración. Pero si éste no es el caso, usted orará con palabras vanas, sin peso, sin poder y sin autoridad que respalden sus palabras.

El verdadero servicio, el servicio que prevalece, no depende del conocimiento, la capacidad, la elocuencia ni de los supuestos dones. Aunque estas cosas tienen un lugar en el servicio del Señor, no son básicas. Los elementos básicos son estos tres: la coordinación, la separación y la autoridad.

Si usted está dispuesto a ser edificado con los demás, entonces simplemente “piérdase”, “desaparezca”, en la edificación de la iglesia. Cuando usted renuncie a sí mismo, con miras a que se lleve a cabo la edificación de la iglesia, estará en la coordinación; entonces experimentará, junto con los santos, ser separado del mundo, santificándose ante el Señor, y tendrá la autoridad que proviene de los cielos. Ésta es la manera de establecer un servicio en la iglesia poderoso y prevaleciente.

Pedro era simplemente un pescador sin estudios. Antes del día de Pentecostés, dudo que Pedro tuviera algún don. Pero en el día de Pentecostés, él era uno que estaba en la coordinación, que había sido separado para el Señor y que había recibido la autoridad celestial. ¡Qué poderoso fue Pedro! Habló poco y con oraciones cortas, sin exhibir mucho conocimiento, pero sus palabras estaban llenas de poder. Él participaba en la coordinación, en la separación y en la autoridad. Estaba en la coordinación, era uno de los sacerdotes santos y era uno de los reales sacerdotes.

Cuando los ciento veinte permanecieron en la presencia del Señor por diez días, todos eran sacerdotes santos. Y cuando llegó el día de Pentecostés, todos salieron al encuentro de las personas para satisfacer las necesidades de ellas impartiendo el suministro celestial. Debido a que eran reales sacerdotes, incluso el poder más alto sobre esta tierra les temía, debido a la autoridad de ellos. Ellos tenían el poder celestial con la autoridad celestial.

Ésta es la manera de llevar a cabo el servicio de la iglesia. A menos que prestemos la debida atención a estos tres asuntos básicos —la coordinación, la verdadera separación y la autoridad celestial—, simplemente no estaremos listos para iniciar ningún servicio en nuestra localidad. Necesitamos experimentar la edificación, la coordinación, la separación y la autoridad celestial. Requerimos la realidad del Cuerpo, el sacerdocio santo y el real sacerdocio. Cuando los santos son edificados como un Cuerpo en coordinación, teniendo la separación y la autoridad celestial, entonces puede comenzar el verdadero servicio de la iglesia.

CAPÍTULO DOS

SERVIR EN EL ESPÍRITU PARA MINISTRAR A CRISTO A OTROS

Lectura bíblica: Ro. 7:6; 2 Co. 3:6, 8

TRES ASUNTOS VITALES

En el capítulo anterior vimos tres asuntos vitales en cuanto al servicio. El primero es que en la iglesia todos los que sirven tienen que ser edificados juntos como casa espiritual, esto es, el sacerdocio (1 P. 2:5).

Todos los sacerdotes del Antiguo Testamento sirvieron al Señor de una manera corporativa. Ninguno sirvió al Señor de una manera individual e independiente. Todos coordinaban entre sí y cooperaban los unos con los otros. Ellos habían sido edificados como un solo cuerpo. Por esta tipología del Antiguo Testamento podemos ver que los santos de la era del Nuevo Testamento tienen que ser edificados juntamente como casa espiritual, y que esta casa espiritual es un cuerpo de sacerdotes, es decir, un sacerdocio.

El sacerdocio consiste en que todos los sacerdotes, todos los que sirven, sean edificados como un solo cuerpo. Entre ellos existe un sacerdocio, un cuerpo sacerdotal, una corporación, una coordinación, esto es, son un grupo de creyentes edificados juntamente que sirven al Señor. Para servir al Señor primero tenemos que ser juntamente edificados.

En segundo lugar, debemos ser un sacerdocio santo, los santificados, los santos, los creyentes, aquellos que sirven, los que se han separado del sistema del mundo y se han entregado a Dios para el servicio del Señor. Tenemos que separarnos del mundo a fin de ser santos.

Después tenemos que ser el real sacerdocio. Hemos visto la diferencia que existe entre el sacerdocio santo y el real sacerdocio. El sacerdocio santo es un grupo compuesto por servidores que se han separado del sistema satánico del mundo para dedicarse al servicio de Dios. El real sacerdocio es un grupo de sacerdotes, un grupo de servidores, que han pasado tiempo en la presencia del Señor, que han sido ungidos y a los cuales se les ha conferido la autoridad celestial. Son un canal mediante el cual el Señor gobierna con la autoridad celestial. Cuando salen de la presencia de Dios y van a las personas, llegan a ellas con la autoridad celestial como sacerdotes que pertenecen a la realeza.

Por una parte, los sacerdotes son santos; por otra, son reales. Son aquellos que se han separado del mundo y entregado a Dios, y son aquellos a quienes se les ha conferido la autoridad celestial para servir al Señor. Debido a que se han separado del mundo y se les ha conferido la autoridad celestial, están capacitados y equipados para servir al Señor. Ya vimos estos tres puntos.

APRENDER A SERVIR EN EL ESPÍRITU

Ahora llegamos a un punto crucial, esto es, tenemos que aprender cómo servir en el espíritu. Éste es el cuarto punto relacionado con el servicio de la iglesia. Romanos 7:6 dice: “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto a aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos en la novedad del espíritu y no en la vejez de la letra”. Tenemos que aprender a servir en el espíritu: no en la letra, no en la ley ni en la doctrina, sino en el espíritu.

En 2 Corintios 3:6 se indica que el servicio neotestamentario tiene que ver con el Espíritu y no con la letra: “El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica”. El versículo 8 continúa: “¿Cómo no con mayor razón estará en gloria el ministerio del Espíritu?”.

Nuestro espíritu regenerado

Temo que muchos creyentes simplemente no sepan lo que significa servir en el espíritu. Antes de ser salvos estábamos muertos en nuestro espíritu. Por una parte, éramos muy activos en cuanto a nuestra mente y parte emotiva, pero estábamos muertos en nuestro espíritu. Pero, alabado sea el Señor, al ser salvos, el Señor regeneró nuestro espíritu y lo vivificó. A partir de ese momento, tenemos que aprender a vivir, andar y actuar en el espíritu, y no en la mente ni en la parte emotiva, es decir, no en el alma.

Tenemos que aprender no solamente a andar y vivir en el espíritu, sino también a servir en el espíritu y a servir en la novedad del espíritu. Mi carga es ayudarles a conocer algo de una manera práctica, y no de una manera doctrinal o teórica.

¿Qué significa servir al Señor en el espíritu y en la novedad del espíritu? Dentro de nosotros ha sido creado un espíritu, y hemos sido regenerados. Nuestro espíritu ha sido renovado, y ahora el Espíritu de Dios mora en este espíritu avivado y renovado. Por tanto, nuestro espíritu es ahora un factor poderoso en nuestro ser. Debido a que este espíritu ha sido renovado y vivificado, y ha sido fortalecido por el Espíritu Santo que mora en nuestro interior, ciertamente nuestro espíritu es un factor sobresaliente en nuestro ser. Sin embargo, debido al hecho de que carecemos de la enseñanza apropiada,

simplemente no nos damos cuenta de que tenemos tal espíritu renovado en el cual mora el Espíritu Santo. Sin embargo, deberíamos tener cierto entendimiento en cuanto a esto debido a todo lo que el ministerio ha hablado acerca de este asunto.

Tenemos que andar y vivir en este espíritu. No estamos hablando acerca del Espíritu Santo, sino de nuestro espíritu renovado, en el cual mora el Espíritu Santo. Andar y vivir en nuestro espíritu significa que estamos en el Espíritu Santo, ya que ahora el Espíritu Santo mora en nuestro espíritu. Tenemos que vivir en el espíritu, y tenemos que aprender a servir en el espíritu.

Escoger un himno en el espíritu

Supongamos que usted desea escoger un himno para cantarlo en la reunión. Hay dos maneras de escoger un himno: en conformidad con la letra o en conformidad con el espíritu. Supongamos que el día del Señor por la mañana llevamos a cabo una reunión conforme a la letra, de modo que alguien ha sido asignado para encargarse del servicio; además, hemos invitado a otra persona para que nos dé un sermón. Antes de la reunión, usted averigua cuál es el tema del sermón. Basándose en esa información, usted considera qué himnos debería cantar la congregación, quizás dos o tres, y escribe los números de los himnos en el pizarrón para que todos los vean. Ésta es la manera de actuar en conformidad con la letra.

Usted quizás piense que nunca haría algo similar en las reuniones. Pero por lo menos, en principio, puede ser que practiquemos esto en las reuniones. Para la reunión de oración, quizás busquemos en el índice del himnario y seleccionemos un buen himno relacionado con la oración, conduciéndonos simplemente según la letra. La manera de hacer las cosas conforme a la letra es el camino de muerte.

Entonces ¿cuál es la otra manera de escoger un himno? Existe un camino que no se conforma a nuestra mente ni a nuestro entendimiento, sino al sentir interior de nuestro espíritu. Usted necesita ejercitarse a fin de percibir el sentir interior del espíritu. Si no detecta un sentir interior respecto a algún himno, no debe seleccionarlo. Cuando haya seleccionado un himno apropiado, usted lo percibirá por medio del sentir profundo de su espíritu.

Ministrar la Palabra en el espíritu

Tenemos que aprender a no actuar ni servir según el conocimiento, sino conforme al sentir más profundo en nuestro interior. Supongamos que usted va a dar un mensaje en la reunión. Tiene que aprender la lección de no hablar sólo según su conocimiento.

La primera vez que me pidieron hablar ante una congregación grande fue en 1927. Yo era un joven, y tenía cerca de veintidós años. Preparé un sermón y practiqué hablarlo por varios días. Fui a la orilla del mar y practiqué el sermón frente al océano. Después, el día del Señor por la mañana, fui al púlpito y di ese mensaje regido absolutamente por el entendimiento. Después me di cuenta de que se me había olvidado una buena parte del mensaje. Más adelante, comprendí que mi manera de proceder se hallaba absolutamente en conformidad con la letra. Era algo muerto. En aquel entonces, yo era muy joven e inmaduro, simplemente no sabía cómo ministrar la Palabra en el espíritu.

Sin embargo, gradualmente el Señor me llevó al punto en que tuve que ministrar en el espíritu, conforme al espíritu, y no según la mentalidad ni el conocimiento. Puedo testificar que muchas veces en los últimos años, incluso camino a la reunión, no sabía qué ministrar, simplemente porque planeaba servir en el espíritu. Cuando terminábamos de cantar los himnos y de orar, tenía que levantarme para ministrar la Palabra. Al ponerme de pie para hablar, incluso al decir: “Leamos”, ni yo mismo sabía lo que debíamos leer. Simplemente decía lentamente: “Leamos”. Mientras pronunciaba la palabra *leamos* muy lentamente, percibía un sentir en mi interior: un libro, un capítulo, un versículo. Mientras leíamos ese pasaje, había una unción dentro de mí. Palabra por palabra, oración por oración, el mensaje salía, no en conformidad con el entendimiento sino conforme a la unción. ¡Oh, esto es maravilloso y es poderoso! No puedo decirles cuántas veces me sucedió esto.

Ofrecer una oración en el espíritu

De la misma manera, existen dos maneras de ofrecer una oración en la reunión. Una manera es ofrecerla según el conocimiento, conforme a una rutina, como cuando uno va a la oficina para desempeñar un trabajo rutinario. A veces, cuando algunos hermanos oran, tengo la impresión de que hubieran venido a la oficina para hacer su trabajo rutinario. Tenemos que olvidarnos de toda clase de rutina, de toda clase de conocimiento y de toda clase de apego a la letra. Cuando nos reunimos para orar, tenemos que ejercitar nuestro espíritu a fin de percibir la unción interior. No debemos orar según el conocimiento ni la rutina, sino según el sentir interior, el sentir profundo de la unción.

Muchas veces podemos detectar cuando un hermano ministra conforme a la letra. También podemos percibir cuando un hermano ministra conforme a la unción, cuando ministra en el espíritu. En este caso, podemos percibir algo viviente, algo que unge y que ilumina, y no simplemente alguna enseñanza. Pasa lo mismo con la oración. Por medio del sentir interior sabemos cuando un hermano o hermana ora en el espíritu o cuando ora simplemente en la letra, según el conocimiento.

Muchas veces, cuando he orado con personas vivientes que estaban en el espíritu, después de una sola frase, yo tenía que decir: “Amén”, pues había un eco profundo en mi espíritu a su oración en el espíritu. No podía detener mi “amén”, puesto que había algo que ardía dentro de mí. Cuando alguien expresa una oración en el espíritu, se suscita una respuesta espontánea y armoniosa en el espíritu de los demás.

Algunos cristianos no están de acuerdo con decir “amén” mientras otros oran. Dentro de ellos hay un “amén”, pero lo suprimen; no lo liberan simplemente debido a su propia opinión. Pero ya sea que lo expresemos o no, cuando alguien ora en el espíritu, siempre hay un eco en el espíritu de los que están presentes.

No obstante, muchas veces un hermano ora conforme a su mentalidad, al conocimiento, a la letra y a la mente, e introduce muerte. Cuanto más ora, más muerte experimentan las demás personas. Cuando oramos, tenemos que detectar si hay un eco en el espíritu de los demás. Si no se produce este eco, tenemos que concluir la oración inmediatamente. Debemos aprender cómo ejercitar nuestro espíritu mientras servimos y aprender cómo servir en el espíritu.

Visitar a los santos en el espíritu

Cuando vayamos a visitar a uno de los santos, tenemos que aprender a hacer la visita en el espíritu. Siempre que nos encontremos con un santo, existe una gran necesidad de que ejercitemos el espíritu. Hablar con alguien meramente conforme al entendimiento, según el conocimiento, no edifica a nadie en el espíritu. Tenemos que aprender a ejercitar nuestro espíritu, a percibir la unción dentro de nosotros y a seguirla. Debido a que tenemos un espíritu renovado en el cual mora el Espíritu Santo, tenemos la unción dentro de nosotros. Debemos prestar atención a esta unción y tener comunión con los santos según nuestra sensación interna, conforme al sentir interior. Entonces serviremos y tendremos comunión con los santos en el espíritu y no en la letra.

Tenemos que considerar algunos detalles, ya que este asunto es muy importante. Supongamos que una hermana a la cual está visitando abre su ser a usted y le presenta sus problemas familiares. Decirle algo a ella según las enseñanzas de las Escrituras no será de provecho. Mientras esté escuchándola, tiene que ejercitar su espíritu para discernir el espíritu de ella y percibir la unción dentro de usted. Al hacer esto, mientras esté escuchando y a la vez percibiendo, entonces la unción, que es el Espíritu Santo dentro de usted, le revelará algo espiritual y celestial. Luego podrá ayudarla de una manera viva. En ese momento tiene que olvidarse de su conocimiento de las Escrituras, de su conocimiento de las enseñanzas cristianas, y poner este conocimiento a un lado. Tiene que ejercitar su espíritu, volviéndose al Señor. Mientras esté escuchando, tiene

que tener comunión con el Señor y percibir tanto lo que está en el espíritu de ella así como la unción en el espíritu de usted. Ésta es la manera.

Predicar el evangelio en el espíritu

Todos tenemos que aprender a practicar, a ejercitarnos y a conducirnos en el espíritu cuando servimos al Señor. Supongamos que estamos predicando el evangelio. Tenemos que ejercitarnos más en el espíritu. No debemos predicar meramente conforme a la verdad del evangelio ni según nuestro conocimiento del evangelio. Si nos limitamos a predicar que todos somos pecadores y que el Señor Jesús es el Hijo de Dios que murió en la cruz por nuestros pecados, no lograremos nada. Ésa es la predicación según la letra, pero nuestra predicación debe llevarse a cabo en el espíritu.

Necesitamos describir este asunto con algunas experiencias. Muchas veces en la predicación del evangelio he hablado algo que fue exactamente lo que necesitaba oír cierta persona presente, aunque yo no tenía conocimiento de la situación específica. Describí el caso de tal persona, y dije exactamente lo que dicha persona había hecho, describiendo al pie de la letra los sentimientos y reacciones de ella. Esta clase de hablar ha sido usada por el Señor para conducir a Sí mismo a los que le necesitan.

En una reunión para predicar el evangelio, después de haber seguido el camino de la predicación conforme al sentir interior del espíritu, mientras hablaba sentí que debía decir: “¿Dice usted que no es un pecador? Le digo, usted se robó una tiza de la escuela”. Unos días después, me enteré de que un estudiante de secundaria había sido llevado a la reunión por su madre. Mientras yo hablaba, él estaba pensando: “Bueno, yo no soy un pecador. No he cometido ningún pecado”. Justo cuando él pensaba esto, yo dije las palabras: “¿Dice usted que no es un pecador? Le digo, usted se robó una tiza de la escuela”. De hecho, él se había robado una tiza de la escuela, pero cuando escuchó estas palabras, se dijo a sí mismo: “Eso no importa”. En ese preciso momento, yo dije: “¿Dice usted que no importa? Usted se llevó la tiza a la casa y allí dibujó círculos sobre el suelo”. Esta frase lo puso a temblar, pues era exactamente lo que él había hecho y, consecuentemente, fue salvo. Más tarde le preguntó a su madre si alguien me había contado su historia y cómo fue posible que yo supiera todo lo que él había hecho. De hecho, yo no conocía su nombre ni sabía nada de lo que él había hecho. También he tenido otras experiencias parecidas a ésta.

En otra ocasión durante la predicación del evangelio, me dirigí a cierta sección de una congregación numerosa y dije: “¿Usted dice que es una buena persona? Simplemente considere cuán cruel es. Su marido trabaja arduamente para mantener la familia, y a fin de año usted lo obligó a que le comprara un par de zapatos de tacón alto. Él no tenía

suficiente dinero, pero usted lo obligó a que lo hiciera”. Una semana más tarde, una de las hermanas que visitaba a los nuevos creyentes nos dijo que una mujer joven fue salva debido a esas palabras. Al principio, esas palabras la habían enfadado mucho, pues pensó que su vecino me había contado la historia y que yo la había menospreciado públicamente. Pero cuando ella descubrió que no había ocurrido de esta manera, esa mujer joven fue convencida por el Señor.

Al dar un ejemplo en otra ocasión dije: “Supongamos que usted tiene setenta y seis años de edad”. Más tarde supe que alguien con esa edad había recibido mucha ayuda por dicho hablar. Existen historias vivientes de experiencias similares a éstas al predicar el evangelio según el sentir interior del espíritu.

Todos tenemos que aprender a servir en el espíritu, y no en el conocimiento ni en la letra. Si seguimos este camino, en muchas ocasiones al estar sirviendo en el espíritu, experimentaremos al Espíritu Santo de una manera muy viviente.

Siempre que nos pongamos en pie para hablar, tenemos que olvidar nuestro conocimiento. Por una parte, ciertamente necesitamos el conocimiento, pero cuando nos levantamos a servir, tenemos que olvidarnos de tal conocimiento. Si en ese momento nos apoyamos en nuestro conocimiento y lo tenemos presente en la memoria, haremos mucho daño y obstaculizaremos el Espíritu. Mientras hablamos, tenemos que olvidarnos de nuestro conocimiento y volvernos al espíritu a fin de ministrar la Palabra en el espíritu. Ésta es una lección que requiere mucho ejercicio. Quizás pensemos que no sabremos qué decir si renunciamos a nuestro conocimiento. Tal vez esto sea verdad; sin embargo, tenemos que ejercitarnos para servir, para ministrar, en el espíritu.

MINISTRAR A CRISTO A OTROS AL REALIZAR NUESTRO SERVICIO PRÁCTICO

El propósito de todo lo que hacemos en el servicio de la iglesia consiste en ministrar a Cristo a otros. Todo lo que hagamos debe ministrar vida a otros. Éste es el quinto punto en el servicio de la iglesia.

Supongamos que vamos al salón de reunión para atender algunos asuntos prácticos, acomodar las sillas, hacer el trabajo de limpieza u ocuparnos de la cocina. No importa lo que hagamos, todo es una oportunidad para ministrar a Cristo a otros. Si estamos limpiando, lo debemos hacer ministrando a Cristo a otros. Si estamos enseñando, nuestra enseñanza debe ministrar a Cristo a otros. No es suficiente meramente ministrar conocimiento. Tenemos que ministrar a Cristo a otros por medio de la

enseñanza. Lo mismo ocurre cuando cocinamos; incluso al cocinar debemos ministrar a Cristo a otros.

La manera de ministrar a Cristo a otros

El siguiente ejemplo puede ayudarnos a entender cómo ministrar a Cristo a otros al atender los asuntos prácticos. En 1948 hubo una conferencia en Shangai a la cual asistieron muchos colaboradores de diferentes lugares de todo el país, y hubo una cena para tener comunión con todos los colaboradores y los santos locales. Una hermana muy capaz, que en ese entonces era una enfermera principal en un hospital muy grande, se encargó de muchas cosas relacionadas con el servicio, la preparación, la cocina y la decoración. Ella era de carácter fuerte, y sobresalía prominentemente en todo lo que se hizo esa noche. Sin embargo, nadie podía percibir a Cristo en ella. Tenía mucha destreza e hizo muchas cosas buenas; no obstante, la vida divina no fue ministrada por medio de ella, y los santos no recibieron ayuda de parte de ella.

Había otra hermana que estaba sirviendo en la misma cena, y ella fue la única de todas las que servían que cometió un error. Ella cometió un error grave, y todos se dieron cuenta de lo que hizo. Sin embargo, todos podían percibir a Cristo en esa hermana. Ella había aprendido algo de Cristo, cómo vivir en Cristo, cómo conducirse en Cristo e incluso cómo corregir sus errores en Cristo. Todos los colaboradores allí recibieron ayuda de la hermana que cometió este grave error, pero no recibieron ayuda de la hermana que era muy capaz y que hizo tantas cosas buenas. Es posible que hagamos muchas cosas en el servicio del Señor, pero que a la vez no ministremos nada de Cristo a otros.

La meta y el medio

Hay muchas lecciones que aprender en cuanto a ministrar a Cristo a otros, ya sea al limpiar, al cocinar o al hacer diferentes cosas prácticas. Cuando nos reunimos, pareciera que somos muy espirituales, como si fuéramos iguales a Cristo, pero cuando estamos en la cocina, pareciera que en nada somos iguales a Cristo. Tenemos que aprender la lección de servir a otros y de servir a Dios al ministrar a Cristo en otros, sin importar la clase de servicio que estemos haciendo. Si usted está en el espíritu cuando toca el piano, al tocar el piano estará ministrando a Cristo a otros. Somos la iglesia, y como tal, no estamos aquí para hacer ninguna otra cosa sino ministrar a Cristo unos a otros. Cocinar una buena comida para los santos, preparar un buen lugar para la reunión, tocar el piano con destreza, ninguna de estas cosas tiene valor a menos que en ellas se ministre a Cristo a otros. Todo lo que hagamos en el servicio del Señor debe ministrar a Cristo a otros. Tenemos mucho que aprender acerca de este asunto.

En Shangai había una hermana mayor de edad que pasaba mucho tiempo con el Señor. Ella tenía la costumbre de invitar a las mujeres misioneras jóvenes recién llegadas a China, a que tomaran té juntas por la tarde. Al servirles té a esas jóvenes misioneras, esa hermana les ministraba a Cristo. Muchas de esas hermanas jóvenes podían testificar cuánto esta hermana les había ministrado la vida del Señor durante el tiempo en que les servía té. Esta hermana no les enseñó nada ni les dijo nada para corregirlas, sino que simplemente les ministró la vida divina a aquellas que eran más jóvenes.

En una ocasión, algunas de esas jóvenes misioneras traían vestidos a la moda, con faldas un poco cortas. Esta hermana mayor las invitó a tomar té. Mientras tomaban el té, esta hermana varias veces jaló su falda hacia abajo para cubrirse más. Finalmente, las otras hermanas empezaron a ajustar sus propias faldas. Sin que ella dijera ni una palabra, esas hermanas fueron corregidas en gran manera. Servir el té no era el propósito de esta hermana mayor; más bien, simplemente era el medio por el cual Cristo podía ser ministrado a otros.

Ministrar a Cristo a otros debe ser la meta de todo lo que hagamos, ya sea que limpiemos, arreglemos, cocinemos, visitemos, ministremos la Palabra, cantemos u oremos. Todos los asuntos prácticos en la vida de iglesia no son más que los canales, el medio a través del cual, por el cual y en el cual podemos ministrar a Cristo a otros.

Si otros no pueden detectar a Cristo en la cocina mientras estamos cocinando, dudo que detecten a Cristo en las reuniones. A fin de que Cristo sea ministrado en las reuniones, tenemos que ejercitarnos al hacer todas las cosas prácticas, de modo que Cristo sea ministrado a otros por medio de tales cosas prácticas. Cada aspecto del servicio de la iglesia debe ministrar a Cristo como vida a otros.

Tenemos que aprender a servir en el espíritu, y a llevar a cabo todas las cosas relacionadas con el servicio de la iglesia de una manera que ministre a Cristo a otros. Ésta es nuestra meta y nuestro propósito.

A menos que aprendamos las lecciones en cuanto a estos asuntos, la vida de iglesia será dañada y se introducirá muerte por medio de los asuntos prácticos. Por una parte, los santos podrán encargarse de los asuntos prácticos, pero por otra parte, podrán decir tonterías o chismes. El hecho de hablar ociosamente y chismear durante el servicio de la iglesia, trae muerte a la vida de iglesia y extiende dicha muerte si los santos no aprenden a servir en el espíritu y a ministrar Cristo unos a otros. Si éste es el caso, cuánto más se reúnan los santos para llevar a cabo el servicio práctico, más será dañada la vida de iglesia.

Que todos aprendamos a ministrar a Cristo como vida a otros cuando nos reunamos para servir en la vida de iglesia. Que todos aprendamos a servir en el espíritu para ministrar Cristo como vida a otros.

CAPÍTULO TRES

SERVIR EN COORDINACIÓN

Lectura bíblica: Ro. 7:6

Ya hemos visto que debemos servir al Señor en el espíritu y que nuestra responsabilidad al servir es ministrar a Cristo como vida a los demás. Todo lo que hagamos en nuestro servicio al Señor debe ser hecho en el espíritu. En Romanos 7:6 dice que debemos servir al Señor, no sólo en el espíritu, sino también en la novedad del espíritu. Este versículo dice: “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto a aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos en la novedad del espíritu y no en la vejez de la letra”.

Es diferente servir en el espíritu que servir en la novedad del espíritu. Sin embargo, alguien que sirve al Señor en el espíritu indudablemente tendrá la novedad del espíritu. Todo lo que se relaciona con la carne es viejo, pero todo lo que tiene que ver con el espíritu, es nuevo. Siempre que un hermano sirve en la carne, se percibe la vejez, una vejez como de seis mil años, tan antigua como Adán. Pero cuando alguien sirve en el espíritu, se percibe algo nuevo, fresco y refrescante.

En muchas ocasiones he visto hermanos y hermanas jóvenes sirviendo de una manera vieja. Aunque algunos sólo tienen diecinueve años, sirven como si tuvieran noventa y nueve. Su servicio es viejo debido a que sirven en la carne. Pero otras veces he visto hermanos y hermanas de mayor edad sirviendo de una manera fresca y nueva, pues lo hacen en su espíritu. Todo lo que es del espíritu es nuevo, fresco y refrescante; pero todo lo que proviene de la carne es viejo, y en lugar de traer refrigerio, le cansa a uno.

Cuando escuchamos un mensaje dado en el espíritu, simplemente no nos preocupamos por el tiempo. Aun después de media hora deseamos seguir escuchando; el tiempo se nos va rápidamente. Sin embargo, cuando escuchamos un mensaje dado en la carne, en la vejez de la letra, diez minutos nos parecen una hora y sentimos un gran alivio cuando el mensaje concluye. Por lo tanto, necesitamos aprender a servir en el espíritu y en la novedad del espíritu.

Es necesario que maduremos, pero nunca debemos envejecer. Una cosa es ser viejo, y otra muy distinta es ser maduro. Debemos alcanzar la madurez pero no hacernos viejos. Dios jamás envejece. Por el contrario, Él es siempre nuevo. En la Biblia, la madurez del Señor se presenta de una forma, y Su novedad, de otra; sin embargo, el Señor jamás es viejo. Así que, debemos aprender cómo servir en el espíritu y en la novedad del espíritu.

Debemos hacer todo en la novedad del espíritu y de una manera que ministre a Cristo como vida a otros. No debemos ministrar doctrinas, religión, normas, reglamentos ni formas. Tampoco debemos ministrar “enseñanzas sanas”, pero carentes de la vida de Cristo. Nuestra única meta debe ser ministrar a Cristo como vida a otros. La razón por la que nos interesan las sanas enseñanzas es porque tienen mucho que ver con Cristo como vida; de no ser por esto, no les prestaríamos ninguna atención ni hablaríamos de ellas.

De modo que, nuestra gran necesidad es aprender a servir en el espíritu e impartir a Cristo como vida a los demás.

SERVIR EN COORDINACIÓN

Aunque hay mucho que decir acerca de servir en la novedad del espíritu y de impartir a Cristo a otros mediante nuestra ministración, mi carga en este mensaje se centra en otro aspecto del servicio: la coordinación. Al servir tenemos que aprender a coordinar con otros. No me refiero a que necesitemos una organización, pues ser organizados es una cosa y es otra muy distinta ser coordinados. La palabra *coordinación* implica la edificación; debemos servir de tal modo que seamos edificados juntos.

Cuanto más sirvamos, más seremos edificados juntamente con otros. En estos días hemos hablado acerca de la edificación de la iglesia. Dicha edificación se lleva a cabo al servir en coordinación. Si servimos al Señor en una buena coordinación con otros, seremos edificados.

Veamos lo que esto significa en la práctica. Supongamos que soy una persona que sirve al Señor entre los santos de la iglesia. Debo servir de tal modo que cuanto más sirvo, más soy edificado con otros santos, y cuanto más sigo sirviendo, más lugar hay para que otros sean incluidos en el servicio y edificados conmigo. En otras palabras, cuanto más sirvamos, más será edificada la iglesia.

Sin embargo, en muchos grupos cristianos, cuanto más algunos sirven, más independientes se vuelven. Cuanto más habilidades tienen, más se enaltecen y más autónomos llegan a ser. Algunos que poseen dones suelen considerarse tan elevados que nadie puede alcanzar su nivel, y ven a los demás inferiores a ellos. Ellos se consideran superiores a todos. Como resultado de ello, se vuelven demasiado independientes. Ésta no es la manera apropiada de servir.

La forma apropiada de servir consiste en que a la vez que sirvamos, seamos edificados con otros, y cuanto más sirvamos y más ejercitemos nuestros dones, más unidos y

coordinados estemos con los demás. Al servir al Señor nunca debemos actuar de forma independiente. Ésta es una lección que necesitamos aprender.

Permítanme explicar esto con un ejemplo. Supongamos que soy un hermano que tiene algún don y que cuanto más sirvo, más experiencia adquiero y más aprendo a servir. Al continuar sirviendo, adquiero fuerza y grandeza, lo cual me hace ser cada vez más orgulloso, pensando que sé más que otros y que lo sé todo. Por consiguiente, considero que yo debo hacerlo todo, pues nadie sabe mejor que yo cómo deben hacerse las cosas. En cierto sentido me vuelvo todopoderoso, pues puedo hacerlo todo y literalmente lo hago todo yo solo. Cuanto más sirvo, más responsabilidades me hecho al bolsillo y más controlo toda la situación. Por ende, más independiente me vuelvo y todo lo hago a mi manera. Finalmente, no tendré más lecciones que aprender y nadie será apto para enseñarme. En las reuniones, yo seré quien pide los himnos, los dirige, toca el piano y toma la iniciativa para orar y dar el mensaje. Yo lo haré todo. No hará falta nadie más, pues estaré por encima de todos y seré totalmente independiente. Los demás deberán admirarme y considerarme un hermano maravilloso. Sin embargo, debemos entender que un hermano que actúa de esta manera, sólo causará daño a la vida de iglesia. Cuanto más ejerza su función, más retrasará la edificación de la iglesia e incluso la estropeará y la frustrará. Debido a que es tan capaz en sí mismo, no le quedará ninguna lección por aprender y no tendrá necesidad de coordinar con nadie. Esta manera de servir es absolutamente incorrecta.

PERMITIR QUE EL TRABAJO PASE A MANOS DE OTROS

La manera correcta de servir es la siguiente: Cuando comienzo a servir me encargo del noventa por ciento de las actividades y dejo el diez por ciento en manos de los demás. Después de un mes, sólo me encargo de un sesenta por ciento y el cuarenta por ciento restante lo delego en manos de algunos que empiezan a servir conmigo. Después de otro mes, tal vez sólo realice un treinta por ciento del servicio; un mes más tarde, quizás únicamente me encargue del cinco por ciento; y más adelante, tal vez solamente me quede con el uno por ciento. Finalmente, todo el trabajo quedará en manos de los hermanos y hermanas que sirven conmigo. Una de las hermanas se encargará del piano, otro hermano se ocupará de los himnos y otros más serán responsables de esta y aquella tarea. Para servir al Señor de esta forma se requiere aprender muchas lecciones. Todos por naturaleza pensamos que somos los mejores y no nos gusta dejar que otros hagan lo que nosotros sabemos hacer. Sin embargo, si usted desea aprender la lección de la coordinación, no debe considerarse superior a los demás, sino tener un concepto moderado de sí mismo, permitiendo que los demás lo limiten. De otro modo, usted será un impedimento para que otros formen parte de la edificación.

Había una hermana en China que era muy capaz y educada, tenía mucha experiencia en ciertas áreas y, además, amaba mucho al Señor. Sin embargo, cuando comenzó a servir en la iglesia, cuanto más servía, más quedaba todo bajo su control. Después de dos o tres meses, parecía como si todos los demás hubieran sido despedidos. Un día los ancianos le preguntaron por qué quedaban sólo dos o tres en el servicio, cuando había muchos más sirviendo unos meses atrás. Le preguntaron qué había ocurrido con los demás. Ella argumentó que ellos no sabían hacer bien las cosas. Debido a su gran talento y capacidad, cuanto más ella servía, más los otros se retiraban. Nadie podía trabajar tan rápido como ella. Ella tenía tanta capacidad que parecía tener siempre la razón en todo. No obstante, en cuanto a la realidad espiritual, ella causó mucho daño a la vida de iglesia debido a que se conducía independientemente. Al poco tiempo, por causa de esta hermana la iglesia sufrió un gran cáncer espiritual.

El cáncer es una parte del cuerpo que se desarrolla anormalmente, es un grupo de células sin control que crecen desmedidamente. Por esta razón, necesitamos ser limitados por otros para no convertirnos en un cáncer que afecte el Cuerpo de Cristo. Al ser limitados por otros, funcionamos normalmente como miembros del Cuerpo que coordinan con los demás y no como células descontroladas.

La mejor manera de servir al Señor en la iglesia es la siguiente: La primera semana que comienza a servir al Señor, puede realizar el setenta por ciento del trabajo y dejar que otros se encarguen del treinta por ciento restante. A la siguiente semana, sólo se ocupará del sesenta y cinco por ciento; y en la tercer semana efectuará solamente el sesenta. Así, su porcentaje irá disminuyendo poco a poco, pero el porcentaje de participación de los demás siempre irá en aumento.

Visto desde otro ángulo, la primera semana que usted empieza a servir, sólo el cinco por ciento de los santos sirven con usted. Sin embargo, después de otra semana el porcentaje de ellos aumentará a un ocho por ciento, más adelante a un doce, después a un veinte y así sucesivamente hasta que después de un año el cien por ciento de los santos esté funcionando. El porcentaje de trabajo que esté en las manos de usted siempre debe ir disminuyendo y el porcentaje de personas que sirvan con usted siempre debe ir aumentando. Después de uno o dos años no quedará nada en sus manos, ya que el cien por ciento del servicio habrá pasado a manos de los hermanos que han coordinado con usted. Como resultado de esto, el número de los hermanos servidores aumentará de unos pocos a más de cien. Ésta es la manera apropiada de servir.

Si usted toma este camino, aprenderá a ser limitado y quebrantado, y a someterse a otros. Si no aprende a servir al Señor con otros, nunca sabrá en realidad quién es ni qué tan “bueno” es. Al servir de esta manera tendrá muchas lecciones que aprender.

PUESTOS A PRUEBA POR LA COORDINACIÓN

En mi experiencia siempre he sido puesto a prueba por los hermanos de servicio. Esta clase de prueba es muy difícil de tomar, pero no tenemos otra opción más que aceptarla. Tal vez le digamos al Señor: “Señor, Tú has preparado esta copa para mí, y no tengo otra opción más que tomarla”. Ésta es la manera en que aprendemos la lección de la coordinación en el servicio del Señor.

Cuando servimos solos todo parece ser más conveniente, pero al servir con otros todo se torna en desventaja nuestra. Por ejemplo, al servir en la obra del Señor, yo prefería siempre viajar solo. Sin embargo, en China, bajo el arreglo soberano del Señor y la coordinación de los colaboradores, siempre tenía que viajar junto con dos o más hermanos, e incluso ser el responsable durante el viaje. Como a mí me gusta siempre tener todo listo con mucha anticipación, sin dejar nada para el último momento, les exhortaba a los hermanos que prepararan todo a tiempo antes de iniciar el viaje. Sin embargo, siempre resultaba que alguien no estaba listo. Debido a esto, tenía que ayudarlo a prepararse y hacer las cosas por él; por consiguiente, todos nos retrasábamos. Siempre los exhortaba a que se hicieran responsables de sus propias cosas y no fueran una carga para los demás, pero no importa cuánto traté de enseñarles a prepararse bien, nada parecía funcionar. Así que, finalmente tuve que someterme al Señor, aprender a ser paciente y hacerme cargo de todas las maletas y de todos los problemas de los demás. Cuanto más personas viajan con usted, más problemas resultan: problemas con el equipaje, con cosas que otros olvidan y con otras necesidades especiales. Por lo tanto, no queda otra alternativa más que ayudar. Supuestamente los demás lo acompañaran para ayudarlo, pero en realidad es usted quien tiene que ayudarlos a ellos. Así que, en lugar de que ellos sean una ayuda, se convierten en una carga, aunque en cierta manera ellos nos ayudan a aprender la lección de la coordinación.

Uno de los mayores problemas es ir con varios colaboradores a visitar una iglesia y ser hospedados por ella. Muchos colaboradores simplemente no saben ser huéspedes y causan muchos problemas; así que son muchas las lecciones que hay que aprender en la coordinación.

¿Qué debemos hacer en situaciones tales como éstas? No podemos deshacernos de los colaboradores y enviarlos a casa. Simplemente tenemos que aprender la lección de la coordinación, pues es la única manera de servir al Señor juntamente con otros y así edificar la iglesia. No debemos sobresalir entre ellos ni convertirnos en un gigante ni ser el líder principal entre ellos; más bien, siempre debemos coordinar con todos. Si

tomamos este camino, estaremos bajo la luz y veremos nuestra verdadera condición. No es tan sencillo aprender esta lección.

Por naturaleza somos rápidos para descalificar a los demás. Al asignar algunas áreas del servicio a ciertos hermanos y hermanas, descubriremos que la mayoría prefieren servir solos. Si su función es cocinar, ellos insistirán en que nadie más debe entrar a la cocina. Por una parte tienen razón. Pero por otra, ellos necesitan que otros vengan, no sólo para que los ayuden, sino también para que los incomoden. De otro modo no tendrían ninguna lección que aprender. Si tienen esta clase de “ayudantes”, entonces serán limitados, quebrantados y equilibrados. Todos necesitamos de alguien que nos sea una carga. Es posible que seamos muy rápidos, así que necesitamos que alguien nos limite y sea una carga para nosotros a fin de hacernos más lentos. De este modo, aprenderemos la lección de servir con otros.

RODEARNOS DE SERVIDORES Y DELEGARLES LAS DIFERENTES ÁREAS DEL SERVICIO

La mejor prueba de que sabemos servir al Señor en coordinación es verificar después de algún tiempo cuánto del servicio aún permanece en nuestras manos y cuántas personas se han añadido al área de nuestro servicio. Si después de seis meses todo el servicio continúa en nuestras manos y casi todos se han alejado de nosotros dejándonos prácticamente solos, esto significa que tenemos un serio problema. Es posible que seamos mucho más hábiles que otros para realizar cierto servicio; sin embargo, aunque el trabajo se esté llevando a cabo de la mejor manera, la verdadera situación de la vida de iglesia empeorará. Si preferimos hacer el trabajo solos, causaremos daño a la vida de iglesia.

Por lo tanto, necesitamos que más personas se involucren con nosotros en el servicio, de manera que no quede ni el uno por ciento del trabajo en nuestras manos. Debemos delegarlo todo a los demás a fin de que se incremente el número de personas que sirven con nosotros, incluso al punto de que cientos sirvan juntamente con nosotros. Éste es el camino de la coordinación, el cual permite que siempre se añadan más personas al servicio y que la iglesia sea edificada. Cuanto más sirvamos, menos deberá quedar en nuestras manos y mayor deberá ser el número de los que sirven con nosotros.

No centre su atención en el trabajo que se ha realizado. Más bien, debe considerar el porcentaje de servicio que aún queda en sus manos y el número de servidores que participan en la obra. Hay muchas lecciones que aprender con respecto a este asunto, y la más importante de todas es el quebrantamiento. Tal vez hablemos mucho del

quebrantamiento, pero la mejor manera de ser quebrantados es servir al Señor en coordinación con todos los hermanos y hermanas.

ESTAR ABIERTOS A LA COORDINACIÓN

Necesitamos el adiestramiento y la práctica de la coordinación. Lo que hemos compartido hasta ahora se relaciona principalmente con el aspecto práctico. Si tratamos de practicar la coordinación, nos daremos cuenta de todo lo que ésta implica. Esta palabra tan breve es suficiente para que la pongamos en práctica el resto de nuestra vida. Al hacerlo, descubriremos que en nuestro interior tenemos una naturaleza independiente y reservada que no le gusta aceptar a los demás. En nuestra sangre se encuentra el deseo de ser independiente y de guardarlo todo en secreto. Algunos hermanos y hermanas pueden hablar de muchos asuntos sin abrirse realmente a los demás. Aun cuando hablan extensamente, permanecen cerrados. Usted puede servir con ellos por un buen tiempo sin conocerlos realmente.

Si usted recibe esta palabra y la pone en práctica al servir al Señor en coordinación, descubrirá su verdadera actitud. Se dará cuenta de que por naturaleza prefiere ser una persona independiente y misteriosa que acostumbra tener secretos, y que le gusta encerrarse en sí misma, convirtiéndose en un misterio. Así como en el Antiguo Testamento Dios mantuvo la iglesia escondida en Sí mismo, como un misterio, de igual manera usted se mantiene escondido en sí mismo haciéndose un misterio para los demás; por eso le resulta difícil abrirse a la comunión.

Si no tenemos una actitud abierta, esto es una indicación de que nos falta quebrantamiento. Cuanto más quebrantamiento experimentemos, más abiertos seremos, y cuanto más abiertos seamos, más compenetración tendremos con otros. Si no aprendemos la lección espiritual del quebrantamiento, de ser abiertos para con los demás y de compenetrarnos con todos, nos será imposible practicar la vida de iglesia. Tal vez podamos reunirnos semana tras semana, mes tras mes y año tras año, pero nunca tendremos la vida genuina de iglesia. Si ésta es nuestra condición, nunca podremos ser edificados con todos los santos y expresar a Cristo de una manera corporativa. Tampoco podremos compenetrarnos como una sola entidad en el espíritu, debido a que nuestra vida natural, nuestra vida anímica, nuestra naturaleza humana jamás ha sido quebrantada. La única manera de experimentar el verdadero quebrantamiento de la vida natural es la coordinación. No podemos encerrarnos solos en nuestra recámara a leer la Biblia, orar, alabar al Señor y declarar que hemos sido quebrantados. Cuánto más declaremos en nuestro cuarto que hemos sido quebrantados,

menos tendremos la realidad del quebrantamiento. La única manera en que podemos comprobar que hemos sido verdaderamente quebrantados, es coordinar con otros.

Supongamos que a una hermana le gusta encerrarse en su habitación para buscar al Señor. Puede ser muy fiel para leer la Palabra y meditar en ella, y para arrodillarse y orar diariamente. Tal vez su práctica sea muy sana, pero lo que verdaderamente importa es si esta hermana ha sido realmente quebrantada en la coordinación. Es posible que una persona sea muy espiritual estando a solas con el Señor, y aún así nunca haya experimentado el quebrantamiento del yo.

Supongamos que el Señor decide soberanamente poner a esta hermana en coordinación junto con otras siete hermanas, y que cada una de ellas sea una “Marta”, o sea, que no saben estar quietas y en lo único que piensan es en trabajar y realizar actividades. Por el arreglo soberano de Dios, estas ocho hermanas son puestas en una situación en la que hay tanto que hacer, que nuestra querida hermana no tiene tiempo para buscar al Señor a solas en su habitación. Esto constituye una verdadera prueba para ella. Incluso, es posible que pierda la paciencia y se irrite, debido a que no tiene ese tiempo en privado. Esto pondría en evidencia que ella nunca ha sido quebrantada. Después de pasar por tal prueba, ¿cómo podría esta hermana encerrarse en su cuarto y alabar al Señor en su manera usual por haber sido quebrantada? En realidad, el Señor mismo planeó ponerla en esa situación a fin de mostrarle su necesidad de ser quebrantada por medio de la coordinación.

Las enseñanzas del cristianismo actual prestan demasiada atención a la espiritualidad individual, convirtiendo a los cristianos en “antigüedades o piezas de exhibición”, en lugar de prepararlos como material para la edificación. Dios nunca planeó que usted fuera individualmente espiritual. La espiritualidad individual daña la edificación de la iglesia. Si tan solo usted se diera cuenta de que el propósito eterno y final de Dios consiste en tener un Cuerpo, un vaso corporativo idóneo para contener a Cristo y expresarlo, ciertamente diría: “Señor, sálvame; líbrame de mi espiritualidad individual. Con respecto a la coordinación, necesito ser quebrantando. Debo ser liberado de mi individualidad y aprender la lección del quebrantamiento, a fin de coordinar y compenetrarme con los demás y serles de verdadera ayuda”.

Esta hermana espiritual tiene que aprender la lección del quebrantamiento para poder servir al Señor de manera apropiada, es decir, necesita que el Señor la libere de su espiritualidad individual, a fin de que aprenda a coordinar con las demás. Entonces, gradualmente las otras hermanas aprenderán esta misma lección, y esta hermana podrá serles de ayuda y ministrarles la vida de Cristo de una manera adecuada. Finalmente, las ocho hermanas serán edificadas juntas y atraerán a otras a su coordinación. Por

consiguiente, todas serán espirituales de una manera coordinada y no en una forma individual. Ciertamente, ésta es una lección crucial que todos tenemos que aprender.

La razón por la que damos tanto énfasis a este asunto es porque la experiencia nos ha mostrado que si no aprendemos la lección de la coordinación, jamás tendremos la verdadera vida de iglesia. Sin la coordinación, nuestra práctica de la vida de iglesia sería falsa. Para edificar la iglesia no es suficiente reunirnos el día del Señor para cantar himnos, orar y escuchar un mensaje. De esta forma jamás podremos obtener un grupo de creyentes edificados como un cuerpo viviente y corporativo. Por tanto, tenemos que aprender a servir de tal manera que podamos coordinar con otros, y otros puedan coordinar con nosotros. Necesitamos aprender muchas lecciones acerca de este asunto.

Además de aprender la lección del quebrantamiento, debemos estar siempre dispuestos a que otros coordinen con nosotros. Si todos recibieran esta palabra y sirvieran al Señor en coordinación, no habría necesidad de que se hablara más sobre este asunto. Aunque son muchas las lecciones que necesitamos aprender, ello no debe hacernos desistir. Cuanto más lecciones recibamos, más nos faltarán por aprender, y cuanto más aprendamos, más lecciones vendrán. Ésta es la manera en que el Señor edifica Su iglesia.

Si tres personas son suficientes para hacer un trabajo en el servicio del Señor, no debemos reducir el número a dos. Por el contrario, sería mejor contar con cuatro o cinco. Nunca reduzcamos el número; más bien, aumentémoslo, pues cuanto más lo aumentemos, más lecciones tendremos por aprender y más de la edificación se realizará.

Algunos hermanos han dicho: “Simplemente no puedo hacer nada cuando las hermanas están aquí. Si ustedes quieren que yo haga algo, deben pedirle a estas hermanas que no vengan”. Temo que aún algunos hermanos se hallen en tal condición. Si usted es uno de estos hermanos, el Señor le enviará más hermanas y tal vez, bajo Su soberanía, le enviará a las hermanas más problemáticas. El Señor lo pondrá a prueba para mostrarle en qué etapa se encuentra usted. Lo que debería hacer es aprender la lección de laborar y servir corporativamente. La iglesia es una prueba para nosotros, y el verdadero servicio de la iglesia también lo es.

Todos debemos esforzarnos por conocer cabalmente la iglesia y por practicar la manera apropiada de servir en ella, esto es, nunca individualmente sino en coordinación.

Por lo general, me gusta tener comunión con los hermanos acerca de mi mensaje antes de darlo; ésta es la mejor manera. Es bueno reunirse con los hermanos para tener comunión acerca del mensaje que vayamos a dar y hacerlo con una actitud abierta,

estando dispuestos a ser ajustados por todos. Si usted percibe que los hermanos no tienen el sentir de que usted deba ministrar, debe estar dispuesto a aceptarlo. Nunca actúe de una forma independiente. En todo trabajo y en cada aspecto del servicio del Señor, debemos tratar de abrir nuestro ser a los demás, coordinar con ellos y hacer todas las cosas del servicio en coordinación con los demás. Entonces aprenderemos la lección, y la iglesia será grandemente beneficiada en cuanto a la edificación. De otro modo, es posible que tengamos muchas reuniones sin tener la verdadera vida de iglesia.

CAPÍTULO CUATRO

LA RELACIÓN QUE EXISTE ENTRE EL MINISTERIO Y LA IGLESIA

Lectura bíblica: Hch. 13:1-4a

Para servir al Señor entre Sus hijos de la manera más apropiada, debemos conocer la relación que existe entre la obra, o el ministerio, y la iglesia. Si consideramos la crónica y las enseñanzas presentadas en el libro de Hechos y en todas las epístolas del Nuevo Testamento, veremos claramente que el ministerio está estrechamente relacionado con la iglesia; no obstante, es diferente de ella. La iglesia se formó en el día de Pentecostés. Antes de ese día, no había iglesia en Jerusalén, pero existía algo allí, algo estrechamente relacionado con la iglesia pero diferente de ella. Lo que había allí era la obra, o el ministerio, la cual se realizaba entre los apóstoles bajo la dirección de Pedro. Posteriormente, una vez que la iglesia en Jerusalén fue establecida, el ministerio, el cual estaba en manos de los apóstoles juntamente con Pedro, seguía allí como algo relacionado con la iglesia y enteramente para la iglesia, pero diferente de ésta.

Al leer Hechos 13 podemos ver que en Antioquía también había una iglesia, y que allí también había algo relacionado con la iglesia y para la iglesia, pero que era diferente de la iglesia. Esto era la obra, el ministerio, que se realizaba entre un grupo de los siervos del Señor, el cual incluía a los apóstoles Pablo y Bernabé. En los capítulos siguientes de Hechos, la relación entre el ministerio y la iglesia se ve claramente. Antes de que las iglesias fueran establecidas en muchas localidades, el apóstol Pablo viajó a esos lugares a laborar, y fue su ministerio el que produjo las iglesias. Después de que esas iglesias locales fueran producidas y establecidas, la obra permaneció allí. Por tanto, a partir de Hechos 2 y hasta el final del libro, podemos ver claramente que dos cosas corren paralelamente; una es la iglesia, y la otra es el ministerio o la obra.

Vemos con claridad que la obra que estaba en manos de los apóstoles bajo la dirección o liderazgo de Pablo, era cien por ciento en pro de la iglesia, pero que no era algo que provenía de la iglesia. Es decir, la obra no estaba en manos de la iglesia, ni bajo el gobierno de la iglesia ni bajo la dirección o control de la iglesia. La iglesia en Antioquía no envió a Pablo y a Bernabé a la obra. En la iglesia no había una junta directiva de misiones que enviaba misioneros al extranjero. Pablo y Bernabé no estaban bajo la dirección de la iglesia en Antioquía; más bien, estaban separados de la iglesia en Antioquía. Sin embargo, se relacionaban con ella, y toda su obra era totalmente para las iglesias locales establecidas alrededor de Antioquía.

Los apóstoles no hicieron ninguna obra para beneficio propio; más bien, su labor era totalmente para el provecho de las iglesias locales. Ellos eran un grupo de obreros de Dios muy relacionados con las iglesias, y laboraban para producir, establecer y edificar a las iglesias. Sin embargo, la obra de ellos no era de las iglesias locales, ni de Antioquía ni de ninguna de las otras iglesias que fueron establecidas más tarde; tampoco fueron enviados por las iglesias ni fueron controlados por éstas. Ellos laboraban aparte de las iglesias y su obra se realizaba separada de ellas. Cuando asistían a las reuniones de la iglesia, se conducían como miembros de la iglesia. Simplemente eran hermanos en las reuniones de la iglesia, al igual que los demás hermanos. Sin embargo, como colaboradores del Señor, no eran apóstoles de la iglesia en Antioquía, de la iglesia en Éfeso ni de ninguna otra iglesia local.

EL MINISTERIO Y LAS IGLESIAS ESTÁN DIRECTAMENTE BAJO LA MANO DEL SEÑOR

El ministerio, la obra, tiene mucho que ver con las iglesias y está cien por ciento a favor de las iglesias; sin embargo, no es de la iglesia. No está bajo el control ni la dirección de la iglesia, sino que está directamente bajo el control de la Cabeza, el Señor Jesús. El principio es el mismo con respecto a las iglesias. Todas las iglesias tienen mucho que ver con el ministerio y con los apóstoles, pero no están bajo la mano ni el control de los apóstoles; están directamente bajo el Señor Jesús como Cabeza. El ministerio no controla a las iglesias locales, y las iglesias no controlan al ministerio. Tanto la iglesia como el ministerio están directamente bajo el control de la Cabeza.

El Señor se propone mantener la obra y la iglesia fuera de las manos del hombre. El Señor no desea que Su ministerio esté en manos de una iglesia local. No es correcto que una iglesia contrate a alguien para servir al Señor ni que envíe personas a trabajar para el Señor. Esto causa que los siervos del Señor estén en manos de los hombres y prácticamente los hace siervos de los hombres. Por ejemplo, muchos misioneros deben renunciar por escrito cuando dejan su trabajo.

Cuando yo era joven, un familiar mío se graduó del mejor seminario de China y se hizo predicadora. Ella hablaba a menudo de su trabajo, diciendo: “El próximo año renunciaré de esta iglesia y trabajaré en otra”. Le preguntábamos sobre las condiciones de su empleo, tal como su sueldo y sus gastos de viaje, y le animábamos a aceptar el mejor trabajo. Sin embargo, la intención del Señor es mantener Su obra y a Sus siervos directamente en Sus manos, y no bajo el control del hombre.

De la misma manera, el Señor se propone mantener a las iglesias locales directamente en Sus manos. Según los primeros tres capítulos de Apocalipsis, el Señor es Aquel que

anda entre los candeleros de oro. Él es el único que supervisa a todas las iglesias. Todas las iglesias están en Sus manos y bajo Él como Cabeza. El Señor no está de acuerdo en que intervengan las manos del hombre. Éste es un principio básico.

DISTINGUIR ENTRE EL SERVICIO DEL MINISTERIO Y EL SERVICIO DE LA IGLESIA

Si hemos de servir al Señor, debemos distinguir si servimos al Señor en la iglesia o en el ministerio. ¿Qué clase de servicio desempeñaba Timoteo? ¿Participaba en el servicio de la iglesia o en el servicio del ministerio? Podemos responder de esta manera: Cuando él iba a las reuniones de la iglesia simplemente como un hermano, lo que desempeñaba allí era el servicio de la iglesia, pero en su mayor parte, el servicio de Timoteo era el servicio del ministerio; era un servicio para la iglesia, pero no era de la iglesia. Servir al Señor en el servicio de la iglesia es una cosa, y servir al Señor en el servicio del ministerio es otra.

Cuando alguien aprende a conducir un automóvil, debe aprender muchas lecciones. Si uno lo conduce a ciegas, como le plazca, causará daño o muerte. Para conducir un automóvil, uno debe saber qué clase de vehículo es, a dónde se dirige uno y en qué carril debe conducir. Hay muchas reglas que obedecer. De la misma manera, si hemos de servir al Señor, debemos aprender muchas lecciones. Debemos servir al Señor de una manera muy clara. Muchos hermanos y hermanas parecen tener la actitud de que es suficiente simplemente venir y servir de cualquier manera. Sin embargo, esto causará daño. La distinción más importante que debemos aprender en el servicio del Señor es la relación que existe entre el ministerio y la iglesia.

Quizás una iglesia local tenga la carga de entrenar a los santos locales. Entonces, pueden invitar a algunos siervos del Señor para que ayuden a hacer esta obra. Si es así, tal entrenamiento es algo de la iglesia. Por otra parte, se puede llevar a cabo un entrenamiento como carga de algunos siervos del Señor, y no de la iglesia. Los siervos del Señor pueden tener la carga de ayudar a los santos a que sepan cómo servir al Señor, cómo seguirle y experimentarle, y cómo practicar la vida de iglesia. En este caso, tal entrenamiento estará en las manos de los siervos del Señor. No será algo de la iglesia sino del ministerio. Debemos saber distinguir entre estas dos maneras de servir.

Si algo se lleva a cabo por la iglesia, debe estar en las manos de la iglesia. Todo lo que se haga debe estar bajo la dirección de la iglesia. En este caso, los obreros del ministerio no tienen la libertad de buscar el sentir del Señor en cuanto a la dirección de dicho entrenamiento. Más bien, deben ir a los que llevan la delantera en la iglesia y preguntarles: “Hermanos, ¿qué desean que se haga en este entrenamiento?”. Los que llevan la delantera pueden examinar a un obrero para comprobar si conoce

correctamente las secciones de los libros de las Escrituras y el significado de éstos. Si no lo sabe, le asignarán otra tarea y encontrarán a otro obrero para que lleve a cabo el entrenamiento. Tal entrenamiento se realiza cuando la iglesia entiende lo que es del Señor, para el Señor y para las iglesias en las diferentes localidades. Entonces, la iglesia está contenta de hacer algo para ayudar la situación de una manera corporativa.

Sin embargo, un entrenamiento por parte del ministerio no se lleva a cabo de esta manera. En lugar de ello, se realiza por una carga que proviene directamente del Señor, la cual Él ha puesto en el corazón del obrero. No procede de una iglesia local en cierto lugar, sino que es la carga del obrero. Entonces, los que llevan la delantera en la iglesia están de acuerdo en que esto es algo para la edificación de la iglesia del Señor, y hacen todo lo posible por cooperar. Debemos tener claridad acerca de estas dos maneras de servir a fin de mantener la iglesia y la obra bajo el control directo del Señor. Si no es así, es posible que pongamos a la iglesia en manos de la obra o que pongamos la obra en manos de la iglesia. Éstas son lecciones que tenemos que aprender.

Algunos han considerado que nuestras reuniones de entrenamiento son simplemente reuniones de la iglesia, tal como la reunión de oración de la iglesia. No se dan cuenta de que la iglesia, hablando en un sentido estricto, no puede llevar a cabo una obra como ésta. La iglesia sólo debe llevar a cabo el servicio propio de la iglesia. Por ejemplo, la predicación del evangelio llevada a cabo por la iglesia es un servicio de la iglesia local, pero las reuniones del entrenamiento no pertenecen al servicio de una iglesia local. Nuestras conferencias de verano, por ejemplo, tampoco son reuniones de la iglesia; más bien, son algo aparte de las reuniones de la iglesia. Por supuesto, las iglesias locales están relacionadas con ellas, pero esas reuniones no son de la iglesia local. Esas reuniones son llevadas a cabo por el ministerio a fin de ayudar a las iglesias.

Debemos considerar esto seriamente ante el Señor y preguntarnos: ¿Estamos sirviendo al Señor en la iglesia o en el ministerio? El servicio del ministerio se relaciona con el servicio de la iglesia, y el servicio de la iglesia se relaciona con el servicio del ministerio, pero no podemos ni debemos confundirlos. Las reuniones de entrenamiento que estamos realizando ahora se relacionan mucho con la iglesia en esta localidad, y la iglesia local está muy relacionada con el entrenamiento, pero estos dos no son una misma cosa. El servicio que realizamos para servir al Señor en la iglesia puede ser una ayuda y una preparación para el servicio del ministerio, pero aún sigue siendo un servicio al Señor en la iglesia local, y debemos hacerlo estando bajo la iglesia local. Si estamos sirviendo al Señor en la iglesia local, debemos estar bajo la iglesia local, y si servimos al Señor en el ministerio, debemos estar en la coordinación de la obra.

Los entrenamientos que estamos llevando a cabo ahora se mantienen separados de las reuniones locales de la iglesia el día del Señor y en otras ocasiones. Este entrenamiento es una obra del ministerio, algo separado de la iglesia. Por supuesto, se realiza en beneficio de la iglesia, para ayudar a la iglesia y a los santos, pero es algo separado de la iglesia. Por tanto, no hay necesidad de que el ministerio le rinda un informe a la iglesia o que le pida apoyo a la iglesia.

Hechos 13:1-4a habla de cinco profetas y maestros que había en la iglesia en Antioquía. Hablando en un sentido estricto, estos profetas y maestros no eran miembros locales de la iglesia allí. Su reunión de oración no era la reunión de oración de la iglesia local; era una reunión de oración del ministerio, una reunión de oración compuesta por un grupo de obreros del Señor. Esto nos muestra que si hemos de servir al Señor, debemos servirlo en el orden correcto. Si hemos de servir en el servicio de la iglesia, debemos estar bajo la coordinación de la iglesia, es decir, bajo el orden de la iglesia. Pero si vamos a participar en el servicio del ministerio, debemos estar en la coordinación del ministerio.

Sin embargo, muchos santos no consideran esto. Sienten que con tal que sirvan al Señor, todo está bien. Estará bien por ahora, pero si no tienen claridad sobre estos asuntos, es posible que más adelante tengan problemas ellos mismos o con otros. Debemos conocer estos asuntos para que seamos ayudados a servir al Señor correctamente, para que discernamos las cosas correctamente y para relacionarnos apropiadamente con todos los hijos del Señor.

Recientemente, algunos hermanos colaboradores publicaron un folleto pequeño acerca de la fe. En un sentido estricto, esto no fue algo hecho por la iglesia. Por supuesto, era para la iglesia, a fin de ayudar a la iglesia y a los santos, pero en cuanto a la responsabilidad, la carga y el ministerio se refiere, no tenía nada que ver con la iglesia y fue algo hecho completamente fuera de la iglesia. Fue parte del ministerio, hecho por medio de algunos colaboradores. Ya que tenemos la intención de publicar más mensajes en folletos, necesitábamos una pequeña oficina, así que incluimos la dirección de la oficina en ese folleto. En un cien por ciento, esto no es un asunto de la iglesia. Esta oficina no tiene que rendirle un informe a la iglesia, ni recibir instrucciones de la iglesia ni pedirle nada a la iglesia. Es un asunto completamente relacionado con algunos hermanos que son colaboradores en el ministerio.

Todos y cada uno de nosotros tiene que entender estas cosas claramente y debe considerar en qué parte del servicio del Señor está, ya sea en el servicio de la iglesia o en el servicio del ministerio. Entonces todos sabremos dónde estamos, y sabremos dónde debemos estar en la coordinación. No podemos servir al Señor independientemente.

Debemos estar coordinados, pero a fin de estar coordinados apropiadamente, debemos saber en qué parte del servicio estamos. Si servimos en la iglesia, debemos estar coordinados en el servicio de la iglesia, pero si servimos en el ministerio, debemos estar coordinados en el servicio del ministerio.

Sólo puedo darles estos puntos y principios; más adelante se darán cuenta de que esto les será de mucha ayuda para que se mantengan en un orden apropiado. En el futuro, muchas iglesias serán edificadas, y creemos que muchos colaboradores serán levantados por el Señor. Habrá una gran porción del servicio del ministerio, y habrá incluso una mayor porción del servicio de la iglesia. Entonces tendremos que conocer nuestro papel, mantenernos en él y estar en orden con respecto a la coordinación. Las manos del hombre no pueden planear esto. Esto sólo puede ser realizado mediante la dirección del Espíritu Santo, pero tenemos que aprender todos estos principios a fin de continuar sirviendo al Señor de una manera muy apropiada y entender a los demás cabalmente. En el futuro, estos principios nos serán de mucho provecho.

CAPÍTULO CINCO

PREDICAR EL EVANGELIO EN LA IGLESIA

Lectura bíblica: Mt. 28:19; Mr. 16:15; Hch. 2:14; Ef. 6:15

En este capítulo veremos algo en cuanto a la manera de predicar el evangelio en la iglesia. Según la historia de la iglesia, los cristianos de las generaciones anteriores se valieron de muchas maneras para predicar el evangelio del Señor. Sin embargo, quisiéramos ver lo que dicen las Escrituras acerca de la predicación del evangelio. Al final del Evangelio de Mateo, el Señor nos dijo que fuéramos y predicáramos el evangelio a las naciones, haciéndolos discípulos del Señor (28:19). En las Escrituras, especialmente en los primeros tres Evangelios, se establece el principio de que los cristianos deben ser personas que van, que salen, llevando consigo el evangelio. Debemos ir y cumplir la meta del evangelio. En los Evangelios, el Señor nos llama a venir a Él, y luego nos manda a ir a otros. Los cristianos son personas que vienen y van constantemente. Todo el tiempo venimos al Señor, y todo el tiempo vamos a los hombres. Venimos al Señor para obtener misericordia, gracia, vida y poder. Sin embargo, eso es solamente la mitad del mandamiento. También debemos cumplir la otra mitad. ¡Debemos ir! Después de venir al Señor, debemos ir a las naciones para predicar el evangelio, para ganar las almas.

EQUILIBRAR NUESTRA VIDA CRISTIANA MEDIANTE LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

Es muy extraño que la mayoría de los cristianos no sean personas equilibradas. El Señor nos llama a venir a Él, pero después de que hayamos venido a Él, nos manda que vayamos a las naciones. Sin embargo, algunos cristianos sólo aprenden a venir al Señor, pero se olvidan de ir a las naciones. Por supuesto, hay otros cristianos que van a las naciones, pero me temo que no vengán lo suficiente al Señor. Así que, debemos ser equilibrados. Los cristianos que van y vienen, son cristianos normales y sanos. Por una parte, tenemos que aprender a venir al Señor todo el tiempo, día tras día; por otra parte, tenemos que aprender a ir a otros. Venimos al Lugar Santísimo, y salimos fuera del campamento, a las personas, a las naciones. Si tenemos la intención y el deseo sinceros de practicar la vida de iglesia, debemos ser hermanos y hermanas que venimos al Señor día tras día y que vamos a las personas todo el tiempo.

En mi juventud, fui muy ayudado por un escrito corto pero interesante. El escritor decía que para ser un cristiano sano y normal, cada día debemos invertir por lo menos diez

minutos para hablar con el Señor, diez minutos para que el Señor nos hable, diez minutos para hablar con los pecadores y diez minutos para hablar con los santos. Cada día debemos tener estos cuatro períodos de por lo menos diez minutos cada uno. Éste no es un asunto insignificante. Intenten ponerlo en práctica. Si hacemos esto, seremos sanos en los asuntos espirituales y en el espíritu. Sin embargo, no debemos hacer demasiado; al principio debemos hacer sólo un poco.

Tenemos que ser equilibrados. Incluso para mantener nuestra vida física necesitamos muchas cosas, incluyendo comida, bebida y ropa. Pasa lo mismo en la vida espiritual. Debemos incluir la predicación del evangelio como un elemento que equilibre nuestra vida cristiana. Si no hemos predicado el evangelio por varios días, no somos equilibrados. Si hemos de practicar una vida de iglesia apropiada, debemos tomar la predicación del evangelio como el factor que equilibra tanto nuestra vida de iglesia como nuestra vida cristiana. En los cuatro Evangelios, a toda persona que venía al Señor, Él la enviaba a predicarles a otros. Mateo 28:19 dice que debemos ir a las naciones, y Marcos 16:15 dice que incluso debemos ir a toda la creación. Este versículo dice: “Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación”. Los cristianos tienen mucho por hacer si han de predicar el evangelio no sólo a las naciones, sino también a toda la creación. ¡Debemos hacerlo!

PREDICAR EL EVANGELIO ES UN ASUNTO DE LA IGLESIA

En Hechos podemos ver que la predicación del evangelio es un asunto de la iglesia. Cuando la iglesia ha sido edificada, la predicación tiene impacto. Después de que el Señor logró efectuar la redención por medio de Su muerte y resurrección, y después que Él ascendió, el evangelio fue completado. Entonces, la primera vez que el evangelio fue predicado, no fue proclamado por un solo individuo sino por la iglesia. El evangelio, después de haber sido completado, fue predicado por primera vez mediante el Cuerpo de Cristo, en el día de Pentecostés. Cuando Pedro se puso en pie, él se levantó con los once; en realidad, los doce se levantaron juntos para proclamar el evangelio a las personas. Ellos tenían la unidad y el impacto. Sin duda, los ciento veinte también se mantuvieron firmes juntamente con ellos. Así que, toda la iglesia, la cual se componía de ciento veinte personas, predicó el evangelio. Ciertamente hubo un gran impacto el día de Pentecostés.

La predicación del evangelio es una batalla; por consiguiente, tenemos que orar. Antes de arrebatarnos los bienes del hombre fuerte, tenemos que atarlo. El hombre fuerte es el enemigo, Satanás, a quien atamos. Tenemos que pelear la batalla para poder predicar el evangelio de una manera prevaleciente. Pero, si no hemos sido edificados como una sola

entidad, entonces el enemigo, Satanás y los espíritus malignos, se reirán de nosotros porque no tendremos el impacto. Habremos perdido el testimonio del Cuerpo de Cristo ante el enemigo. Por tanto, si hemos de predicar el evangelio de una manera prevaleciente, debemos ser edificados como una sola entidad. Aunque haya pocos hermanos entre nosotros, si somos uno en el espíritu y somos edificados como una sola entidad, finalmente tendremos el impacto. En cambio, si hay divisiones entre nosotros, si nos aferramos a nuestras opiniones y peleamos unos con otros, el impacto de la predicación del evangelio desaparecerá. Esto es lo que ocurre en el mundo espiritual. En cualquier clase de mundo siempre existen ciertos principios. En el mundo espiritual, en lo que respecta a la predicación del evangelio, existe el principio de la unidad del Cuerpo. Si no somos uno, simplemente perdemos el impacto, el poder y la autoridad para predicar el evangelio.

ayudar a todos los hermanos y hermanas a que aprendan cómo orar, y por otra, a que aprendan cómo predicar. Esto no significa que les demos a las personas un sermón; más bien, para ayudar a los hermanos y hermanas a predicar el evangelio, debemos ayudarles a consagrarse. Aunque ya se hayan consagrado muchas veces, aún necesitan consagrarse deliberada y específicamente para el evangelio. Esto concuerda con el principio que enseñan las Escrituras. Las Escrituras nos enseñan que siempre que vayamos a hacer algo específico, tenemos que consagrarnos de nuevo para ese propósito específico. Podemos pedirles a los hermanos que se reúnan a fin de orar y ofrecerse al Señor para este propósito específico.

CONSIDERAR ANTE EL SEÑOR A NUESTROS PARIENTES, VECINOS, AMIGOS, COMPAÑEROS DE CLASE Y COLEGAS

Es provechoso considerar ante el Señor todos los nombres de nuestros parientes, vecinos, amigos, compañeros de clase y colegas, así como a todas las personas que conozcamos, y es mejor que anotemos estos nombres. Después, debemos considerar cuántos ya son cristianos y salvos de verdad; además, si es posible, debemos orar por todas las personas cuyos nombres hemos anotado. Al orar de esta manera, es posible que el Señor nos dirija a hacer algo, quizás no por todos sino por algunos de ellos. Hay muchos detalles que debemos considerar. Debemos considerar a quién visitar y a quién escribir con el fin de enviarles tratados del evangelio, folletos y mensajes que les sean de ayuda. Debemos invitar a algunas de estas personas a nuestra casa para comer. Si tenemos amigos o parientes en otras ciudades, podemos enviarles algo por correo y decirles dónde está el lugar de reunión en su ciudad. También podemos pedirles a los hermanos allí que los visiten. Primero debemos cuidar de las personas que conocemos. Ésta es nuestra responsabilidad, y debemos llevarla a cabo, no de una vez por todas sino todo el tiempo, año tras año.

LA NECESIDAD DE QUE LA IGLESIA LLEVE FRUTO

La primera comisión del Señor para la iglesia es la predicación del evangelio a fin de traer nuevos creyentes a la iglesia. Conocí a un grupo de hermanos y hermanas que se consideraban como las personas más espirituales de su localidad. Eran muy amables y espirituales, y todo acerca de ellas era bueno. Sin embargo, les pregunté: “Hermanos, ¿por cuánto tiempo se han reunido de esta manera, y con cuántas personas comenzaron?”. Dijeron que se habían reunido por mucho tiempo y que habían comenzado con cerca de veinte personas, el mismo número que se reunía cuando hablé con ellas. Siempre que se congregaban, eran muy amables y espirituales, pero no tenían ningún fruto, ningún creyente nuevo. Esto es incorrecto.

¿Cómo puede ser posible que un árbol no produzca fruto si está realmente vivo? Como iglesia, debemos prevalecer en cuanto a ganar almas. Tenemos que examinarnos de muchas maneras para comprobar si estamos bien o mal; una forma de examinarnos es verificar si llevamos fruto o no. El número de miembros de la iglesia debe aumentar todo el tiempo. Constantemente deben ser añadidos nuevos conversos a la iglesia. Espero que las iglesias lleven fruto en los próximos seis meses. Entonces, ésa será nuestra “temporada de cosecha”. Si no llevamos fruto, algo debe estar mal con nosotros. No podemos ni debemos reunirnos semana tras semana, cantar himnos y escuchar buenos mensajes, y después de uno, dos, e incluso tres años, no traer nuevos conversos. Si es así, debe haber algo que está mal con la iglesia y con los creyentes.

Algo que puede ayudar a entrenar a los creyentes jóvenes es animarlos a prometer que cada año traerán una persona al Señor. Algunos podrían prometer traer de dos a cuatro personas al año al Señor, y algún santo incluso podría prometer traer a diez personas al Señor. Si lo prometen, lo harán. Si cada hermano o hermana trae un nuevo creyente a la iglesia cada año, el mundo entero será evangelizado en cerca de treinta años. El primer año comenzaremos con cien, el año próximo tendremos doscientos y cada año nos duplicaremos de nuevo. Si simplemente lo hacemos, será fácil traer una persona al Señor en trescientos sesenta y cinco días.

Necesitamos considerar las maneras en que podemos llevar esto a cabo. Como hemos dicho, la primera manera es considerar ante el Señor a nuestros parientes, vecinos y a todas las personas que conozcamos. Si los tenemos en cuenta, estoy seguro de que podremos traer una persona al Señor cada año. Cuando D. L. Moody era joven, tomó la decisión de hablarle sobre Jesús a una persona todos los días. Un día, después de irse a la cama, se acordó que no le había hablado a nadie acerca del Señor aquel día. Así que salió, pero debido a que ya era muy noche, sólo pudo encontrar a un policía. El policía le

preguntó qué hacía, y Moody le dijo que él debía creer en Jesús. El policía se enfadó con Moody, pero con el tiempo, finalmente fue salvo.

No me gusta hablar de mí mismo, pero tengo que decirles que cuando tenía como veinticinco años, siempre traía folletos del evangelio en mi bolsillo. Cuando andaba en la calle, distribuía los folletos siempre que tenía la oportunidad. Algo de fruto resultó de esa práctica. Debemos animar a los hermanos y hermanas jóvenes a que lleven folletos en sus bolsillos y que los distribuyan a fin de relacionarse con las personas. Si hacen esto, con el tiempo traerán a alguien al Señor. Por lo menos, esto creará una atmósfera del evangelio. Existen muchas maneras de predicar el evangelio, sólo es cuestión de decidirnos a hacerlo.

CREAR UNA ATMÓSFERA DEL EVANGELIO

Cuando recién llegamos a Taiwán en 1949, muchos de nosotros éramos pobres. No sabíamos cómo íbamos a sobrevivir después de los siguientes dos o tres meses. Teníamos muy poco dinero, pero les dije a los santos que, aún así, deberíamos usar parte de nuestro dinero para preparar folletos y carteles. Hicimos muchos carteles, y en tan sólo un mes distribuimos dos tercios de un millón de folletos del evangelio, los cuales fueron igual en número que las personas que había en la ciudad. Los distribuimos en todas las avenidas, caminos y calles, y en cada puerta. Usamos un mapa para ir sistemáticamente a cada puerta. También pusimos carteles en los postes de electricidad en las calles, que decían: “De tal manera amó Dios al mundo”, “Jesús salva” y otras frases escritas en caracteres chinos grandes y visibles. En poco tiempo, creamos una atmósfera del evangelio y logramos despertar casi a la ciudad entera. En cada puerta, sin excepción, había por lo menos un folleto evangélico en el buzón, que decía que el Señor Jesús era el Salvador, y en casi cada calle había carteles en las paredes. También les pedimos a los santos que fijaran muchos carteles en sus propias puertas. Cuando andábamos en la calle, sabíamos cuáles eran las casas de los hermanos debido al número de carteles fijados en sus puertas.

Todo esto sucedió en el primer año, en 1949. Hicimos muchas cosas. Formamos equipos del evangelio, y los hermanos usaban largas “batas del evangelio” blancas con caracteres chinos grandes y visibles. También llevábamos a cabo desfiles con tambores; en una época tuvimos un desfile casi cada semana. Desfilamos por las calles con un gran número de santos, y a veces orábamos en la calle. Mientras desfilábamos por la calle, a veces gritábamos: “Amigos, tenemos que decirles que ustedes son pecadores y necesitan creer en Jesús”. Predicamos el evangelio en el parque del centro de la ciudad, donde hay un estadio para miles de personas, y usamos los desfiles del evangelio para llevar a las

personas al parque. Todos los santos se reunían allí para predicar el evangelio cada día del Señor por la tarde.

En un año la iglesia aumentó treinta veces, y toda la ciudad fue despertada por nosotros. Doctores, enfermeras y profesores desfilaban juntos usando batas largas; todos sabían que éramos personas “locas”. Casi todos hablaban de nosotros en sus hogares. Después de esto, fue muy fácil predicar el evangelio porque levantamos una atmósfera del evangelio. Lo que hicimos preparó el terreno. En principio, debemos hacer estas cosas. Recientemente les pregunté a los hermanos en una iglesia: “¿Por qué no vemos ninguna actividad relacionada con el evangelio aquí? Incluso si sólo tienen treinta o cuarenta personas, todos debe salir a la calle a repartir folletos”.

En 1948 en Shangai teníamos el equipo más numeroso del evangelio, y desfilamos por la calle el día del Señor. La policía nos ayudó manteniendo el orden en las calles. Paraban a los autobuses, a los automóviles y a los trenes. Llevábamos pancartas y gritábamos mucho. Entonces llevábamos a las personas al parque, y muchas de ellas se arrodillaban para orar, algunas incluso llorando y clamando al Señor. Algunos de nosotros dábamos un mensaje, otros cantaban un himno, otros mantenían el orden y otros distribuían tratados y folletos. Ciertamente esta manera trae personas al Señor, y el Señor nos honrará en cuanto a esto. También practicamos esto en el norte de China en 1935. Muchas noches salimos en grupos, y gritábamos y cantábamos para atraer a las personas. Entonces nos arrodillábamos haciendo un círculo alrededor de las personas, y algunos daban un mensaje.

En Taiwán, muchos de los santos abrían sus hogares una vez por semana en la noche cuando no había reunión de la iglesia. Invitaban de tres a ocho personas y también invitaban a algunos hermanos y hermanas a sus hogares para que dieran testimonios informales y pláticas personales. De esta manera, muchas personas fueron traídas al Señor. Los santos eran muy activos en la predicación del evangelio todo el tiempo. A veces no predicábamos el evangelio todos juntos como iglesia por varios meses, pero cuando se daba el anuncio de que la iglesia iba a tener bautismos, se bautizaban como trescientas personas. ¿Cómo entraron estos nuevos creyentes a la iglesia? Entraron simplemente debido a los testimonios personales.

AYUDAR A LOS SANTOS A PREDICAR EL EVANGELIO DE MUCHAS MANERAS

Existen muchas maneras de predicar el evangelio. Los centros metropolitanos se llenan con multitudes de gentes día tras día. Hay muchos “peces”, y es fácil atrapar uno de ellos. El único problema es que posiblemente no estemos preparados para hacerlo ni

tengamos la intención de hacerlo. Se debe ayudar a la iglesia a que aprenda cómo orar, cómo predicar el evangelio y cómo preparar folletos del evangelio y literatura útil. Luego, los hermanos deben tener el hábito de distribuir folletos, enviar la literatura por correo y hacer lo necesario para despertar a la ciudad e incluso al país.

Al menos el cincuenta por ciento de las personas en los Estados Unidos son cristianos nominales o “de nombre”. De éstos, aproximadamente la mitad son católicos y la mitad son protestantes; además, muchos de los cristianos nominales son falsos creyentes. Esto todavía deja a muchos millones que son incrédulos, gentiles, a quienes podemos predicarles el evangelio. Muchos misioneros salen de este país a las Filipinas y a otros países, pero en los Estados Unidos hay muchos más millones de incrédulos que en las Filipinas. Hay un campo muy grande aquí. Vine del Lejano Oriente, y he viajado por muchas naciones. Tengo que decir: “¡Alabado sea el Señor por los Estados Unidos!”, puesto que éste es el mejor campo para la obra del Señor. Tenemos todas las comodidades, y es muy fácil predicar el evangelio.

Si lo hiciéramos, veríamos lo fácil que es conducir personas al Señor. Debemos ayudar a cada uno de los santos a que aprendan cómo predicar. No podemos entrar en detalles aquí, pero hay muchas maneras. Una enfermera puede predicar como enfermera, y un maestro de escuela puede predicar como maestro de escuela. Esto es lo que practicamos en el Lejano Oriente. Cada miembro allá es un miembro que predica; predicamos todo el tiempo, casi todos los días, y muchos de los santos simplemente viven entregados al evangelio.

Si hacemos esto, será una protección para nosotros como cristianos. En Efesios 6:15 Pablo nos dice que el firme cimiento del evangelio es nuestro calzado. El calzado nos protege de la tierra. Si no usamos zapatos, nuestros pies se ensucian y se lastiman. Para proteger nuestros pies a fin de que no sean lastimados, dañados y enlodados, necesitamos un buen par de zapatos. Si como cristianos no predicamos el evangelio, estamos “descalzos”. La mejor forma de evitar que nuestros pies se ensucien y sean dañados por el mundo, es predicar el evangelio a nuestros amigos, vecinos y compañeros de clase, diciéndoles algo acerca del Señor Jesús. Predicar el evangelio de esta manera nos ayuda a ser mejores cristianos. Esta práctica nos recuerda que somos cristianos; además, nos recuerda que no debemos conducirnos inapropiadamente con las personas a quienes les hemos predicado el evangelio. La razón por la que hacemos ciertas cosas con nuestros amigos es porque no les hemos testificado del Señor Jesús. Debemos decirles a todos nuestros amigos y vecinos: “Soy un cristiano apropiado y normal, y quiero decirte que necesitas amar al Señor”. Intenten hacer esto, y verán lo que resulta. Ser un testimonio a las personas nos ayuda a ser humildes, sinceros, cuidadosos y fieles, y a hacer nuestro mejor esfuerzo para amar a otros. Éste es el mejor

par de zapatos para nuestros pies cristianos. Oremos por esto e intentemos ayudar a todos los santos que se reúnen con nosotros a formar tal hábito.

En cierto momento, cuando los que llevan la delantera en la iglesia sientan que la iglesia necesita tener una campaña del evangelio, una reunión del evangelio, deben convocar a los santos cada noche para tener una semana de reuniones de oración a fin de orar específicamente como preparación para la predicación del evangelio. Luego, necesitamos por lo menos una o dos semanas más para reunirnos y ser entrenados en cuanto a cómo predicar, cómo cuidar de nuestros parientes, cómo invitar a las personas y traerlas a la reunión, y cómo venir a laborar juntos de una manera coordinada a fin de predicar el evangelio en coordinación. Algunos pueden cuidar de la gente, otros pueden distribuir tratados del evangelio y los demás pueden ocuparse en otras cosas. Hay que hacer muchas cosas cuando se realiza un mover para el evangelio. Especialmente necesitamos adiestrar a los hermanos y hermanas para hacer la obra de visitar a las personas después de la reunión del evangelio. Entonces, después de que las personas sean bautizadas e introducidas en la iglesia como nuevos creyentes, la iglesia debe cuidar de ellos. Si practicamos esto, será fácil que el número se duplique con los nuevos creyentes, y habrá la novedad y la frescura en la comunión de la iglesia. El hecho de que los mismos hermanos se reúnan semana tras semana el día del Señor, llega a ser algo viejo, sin frescura ni novedad. Siempre debe haber nuevos creyentes, nuevos miembros, nuevas “células”.

Aquí solo he dado algunas ideas en general. Que el Señor nos ayude a poner en práctica estas cosas en el servicio de la iglesia.

CAPÍTULO SEIS

EXPERIMENTAR LA REALIDAD DE LA VIDA DEL CUERPO

Lectura bíblica: Ro. 12; Gn. 1:26

Por la misericordia y la gracia del Señor hemos visto algo relacionado con la vida divina, y hemos visto que para experimentar dicha vida tenemos que ser quebrantados, lo cual incluye tomar medidas con respecto a la carne, el yo, la conciencia, el mundo y el espíritu. Todo esto es necesario a fin de experimentar la vida divina de una manera práctica. Si somos quebrantados, llegaremos al punto donde la vida divina será hecha real para nosotros en la vida de iglesia. Además, experimentaremos la realidad del Cuerpo de Cristo, no doctrinalmente sino de forma concreta en nuestra práctica y vida cristianas; es decir, experimentaremos la verdadera práctica del Cuerpo de Cristo. Por tanto, en este capítulo veremos algo adicional acerca del Cuerpo de Cristo. Aunque quizás éste sea un tema o un término familiar para muchos de nosotros, confiamos en el Señor de que podamos ver algo de una manera muy práctica.

EXPERIMENTAR EL CUERPO DE CRISTO

El libro de Romanos nos muestra que la etapa, o experiencia, final de nuestra vida cristiana es la etapa, la experiencia, del Cuerpo de Cristo. Romanos habla sobre la justificación, ser liberados del pecado, la santificación y andar conforme al Espíritu. Después de todo esto, en Romanos 12, el Cuerpo de Cristo finalmente llega a ser real en nuestra experiencia. Si leemos este capítulo cuidadosamente, comprenderemos que el apóstol Pablo no escribió de una manera doctrinal acerca del Cuerpo; más bien, escribió sobre el Cuerpo de Cristo de una manera muy práctica.

Presentar nuestros cuerpos

Primero, el apóstol nos muestra que si hemos de experimentar la realidad del Cuerpo de Cristo, primeramente debemos ofrecernos al Señor. Cuando el apóstol abordó este tema —el de ofrecernos o consagrarnos—, él habló de una manera muy práctica, diciendo que teníamos que presentar nuestros cuerpos (v. 1). Hablar acerca de nuestro cuerpo es un asunto práctico. Para asistir a una reunión, por ejemplo, es necesario presentarnos allí con nuestro cuerpo. Decir que asistiremos a la reunión en nuestra mente o incluso en nuestro espíritu, sería hablar de algo que está “en el aire”. Podemos decir: “Me ofrezco al Señor”, pero, ¿hemos ofrecido nuestro cuerpo al Señor? Ofrecernos al Señor de una

manera que no incluya nuestro cuerpo, sería una ofrenda o una consagración “en el aire”. Vivimos en función de nuestro cuerpo, y no “en el aire”. Si visitamos a un hermano o vamos a su casa, tenemos que presentarnos allí con nuestro cuerpo. Si no lo visitamos en persona, dicho hermano no sabrá cómo tener contacto con nosotros. De igual manera, si nos ofrecemos al Señor pero no presentamos nuestro cuerpo, Él no podrá contar con nosotros en la tierra. Pero si nuestra consagración incluye presentar nuestro cuerpo, resultará ser algo práctico. Debemos presentar nuestro cuerpo al Señor.

No amoldarnos a este siglo

En segundo lugar, Pablo dice: “No os amoldéis a este siglo” (v. 2a). La versión *King James* en inglés usa la palabra *mundo* en este versículo, pero la palabra griega significa “siglo”, es decir, la era actual del mundo, la era presente. La palabra “siglo” se refiere a la era actual del mundo. En el mundo en su totalidad han habido muchas eras o siglos, siglo tras siglo. En un sentido estricto, no podemos tener contacto con el mundo sin tener contacto con la era presente del mundo. Podemos comparar esto con el hecho de estar en los Estados Unidos. No podemos estar en este país sin estar en uno de los estados. Para estar en el país, es necesario estar en un estado. No amoldarnos al siglo o a la era, al mundo actual, también es algo muy práctico.

Ser transformados por medio de la renovación de la mente

En tercer lugar, debemos ser transformados por medio de la renovación de la mente (v. 2b). Esto es algo más práctico; es práctico en términos subjetivos. Tenemos que comprobar la medida en que nosotros como cristianos, como aquellos que han nacido de nuevo, como hijos de Dios, hemos sido transformados. Nacimos siendo parte de la vieja creación; por tanto, todo en nosotros es viejo. Nuestra mente, voluntad, parte emotiva, corazón y cada parte de nuestro ser, todo es viejo. Ahora bien, hemos sido regenerados y renovados en el espíritu, pero, ¿en qué medida hemos sido realmente transformados, renovados, en todas las partes internas de nuestro ser? Esto es algo muy subjetivo y práctico; no es sólo una doctrina. Simplemente oír y estar de acuerdo con esto no es suficiente. Debemos darnos cuenta de que esto es algo práctico, algo que debemos experimentar; de otra manera, no lo hemos obtenido.

Comprobar cuál es la perfecta voluntad de Dios

Debemos ofrecer nuestro cuerpo al Señor, no debemos amoldarnos a este siglo y debemos ser transformados por medio de la renovación de nuestra mente. En cuarto lugar, tenemos que discernir, conocer y comprobar cuál es la perfecta voluntad de Dios (v. 2c). Si experimentamos todos estos asuntos prácticos, llegaremos al punto en el que

la vida del Cuerpo, la vida del Cuerpo de Cristo, será hecha real para nosotros. Podemos hablar sobre la vida de iglesia, la vida del Cuerpo y el Cuerpo de Cristo, pero el que experimentemos la realidad de la vida del Cuerpo de Cristo dependerá de los cuatro asuntos prácticos anteriormente mencionados, tres positivos y uno negativo. Si ofrecemos nuestro cuerpo al Señor, no somos amoldados al siglo presente, somos transformados en cuanto a nuestra vieja naturaleza y discernimos la perfecta voluntad de Dios, o sea, si experimentamos todo esto de forma concreta, tendremos la base para experimentar la realidad de la vida del Cuerpo. En ese momento nos daremos cuenta de que, como personas que hemos sido regeneradas y transformadas por el Espíritu Santo, somos miembros del Cuerpo, y como tales, lo que debemos experimentar no es algo de este mundo ni de nosotros mismos, sino a Cristo mismo. En ese momento, sabremos lo que significa decir: “Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gá. 2:20) y: “Para mí, el vivir es Cristo” (Fil. 1:21). Nos daremos cuenta lo que significa vivir por Cristo como nuestra vida y no por nuestro yo, o sea, vivir no de manera doctrinal sino en el camino de la vida divina y la experiencia práctica.

Hoy existe la urgente necesidad de proclamar esta enseñanza acerca de la vida del Cuerpo, pero debemos darnos cuenta de que la enseñanza no tiene como meta la enseñanza en sí, sino la vida divina, la iglesia, Cristo. Si esta enseñanza existiera por causa de sí misma, no habría ningún resultado. ¿De qué serviría que la enseñanza existiera sólo por causa de la enseñanza misma? Toda enseñanza debe tener como meta la iglesia y Cristo. No podemos experimentar la vida del Cuerpo de ninguna otra manera excepto consagrándonos de una manera práctica, presentando nuestros cuerpos, y no al permanecer como personas “en el aire”. Por otra parte, no debemos amoldarnos al siglo presente. Tenemos que separarnos, santificarnos y ser diferentes de este siglo, como pueblo especial, y tenemos que ser transformados. Entonces experimentaremos el Cuerpo de Cristo, no como una vida independiente ni individual ni que procede del yo natural, sino como una vida que es Cristo mismo, la cual hemos de experimentar de una manera corporativa.

EL CUERPO ES LA META, INTENCIÓN Y DESEO MÁXIMOS QUE HAY EN EL CORAZÓN DE DIOS

Este Cuerpo es la meta, intención y deseo máximos que hay en el corazón de Dios. Lo que Dios busca en este universo es, simplemente, obtener el Cuerpo de Cristo. En Génesis 1 vemos que Dios tenía dos propósitos al crear al hombre: uno era expresarse a Sí mismo, y el otro, eliminar a Su enemigo. Dios creó al hombre a Su propia imagen con el propósito de que el hombre lo expresara. Después que el hombre fue creado, Dios le confirió Su autoridad a fin de que éste eliminara al enemigo. La imagen tiene como fin la expresión, y la autoridad tiene como fin eliminar al enemigo de Dios. Éstas fueron las

dos intenciones que tuvo Dios al crear al hombre, una por el lado positivo y la otra por el lado negativo. Tanto el lado positivo como el lado negativo del propósito de Dios se llevan a cabo por medio de una entidad corporativa. En un sentido estricto, expresar a Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo no es algo realizado por individuos, sino algo llevado a cabo por un Cuerpo corporativo.

Hace más de treinta años entendí que Dios buscaba obtener un Cuerpo, pero en ese entonces no sabía cómo experimentarlo ni cómo explicarlo. Parecía que no había palabras humanas para expresar, definir o explicar un asunto tan divino, pero poco a poco comprendí más acerca del Cuerpo. Todos tenemos un cuerpo, y como tales, todos somos un buen cuadro o tipo de la realidad. Debido a que somos personas, necesitamos expresarnos. ¿Puede nuestra persona ser expresada por medio de miembros separados e individuales? Ciertamente tenemos oídos, nariz, labios, ojos y dedos; tenemos muchos miembros, pero éstos no pueden expresarnos de manera separada e individual. No podemos cortarnos nuestros oídos o nuestra nariz y presentarlos a otros como nuestra expresión. Nuestra persona debe ser expresada por todo nuestro cuerpo de manera corporativa. Se requiere el cuerpo entero para que sea expresada una persona. Del mismo modo, no somos cuerpos, sino miembros de un solo Cuerpo. En todo el universo Cristo tiene un solo Cuerpo, y es por medio de este único Cuerpo que Él se expresa. Dios en Cristo se expresa por medio del Espíritu Santo en un solo Cuerpo.

Dios necesita obtener un Cuerpo, y no simplemente muchos miembros. Aunque hay muchos cristianos, ¿por qué es la iglesia tan débil? ¿Por qué detectamos debilidad, confusión y muchas cosas negativas y ajenas a Cristo en tantos grupos cristianos? Esto se debe a que ellos son como un cuerpo cuyos miembros han sido separados y han sido dispersados individualmente. Por consiguiente, no podemos ver a una persona, sino a muchos miembros separados y dispersos. El que hayan miembros separados y dispersos es una condición terrible que causa muchos problemas que requieren ser aclarados. Ésta es la verdadera situación de los cristianos hoy. Podemos encontrarnos con muchos grupos de cristianos, pero todos ellos son miembros separados y dispersos. Al relacionarnos con ellos, no percibimos la realidad del Cuerpo. No detectamos que haya un Cuerpo que exprese a Cristo; más bien, sólo vemos miembros separados y dispersos. Por otra parte, aunque los miembros están separados y dispersos, aún pueden pelearse entre sí. Parece que no sirvieran para nada sino sólo para pelear, y no para pelear en contra del enemigo de Dios, sino los unos con los otros. Esto se debe a que ellos no experimentan la realidad de la vida del Cuerpo.

LOS PASOS PRÁCTICOS REQUERIDOS PARA EXPERIMENTAR LA REALIDAD DE LA VIDA DEL CUERPO

Renunciar a nuestro yo

Consideremos cuáles son los pasos prácticos que se requieren para experimentar la realidad de la vida del Cuerpo. Si hemos de practicar y experimentar la vida del Cuerpo, lo primero que tenemos que hacer es renunciar a nuestro yo. La palabra yo es una palabra pequeña, pero implica algo muy práctico. Para experimentar la realidad de la vida del Cuerpo, siempre debemos acordarnos de renunciar a nuestro yo, al egoísmo, al egocentrismo, a la opinión propia y a los deseos y la exaltación del yo. Si introducimos tan sólo un poco del yo, introduciremos un cáncer en el Cuerpo. No hay necesidad de hacer algo más grave; introducir solamente un poco de nuestro yo es suficiente para que el enemigo dañe al Cuerpo. Ésta es la razón por la que hemos dicho que el primer “estatuto” espiritual de la iglesia es la cruz. La cruz debe restringir a nuestro yo.

Yo sé lo que estoy hablando. No les estoy dando un sermón; simplemente señalo cuáles son los pasos prácticos que se requieren para experimentar la realidad del Cuerpo. Si hemos de practicar la verdadera vida del Cuerpo, debemos percatarnos cabalmente de nuestro yo. Lo que daña más la vida del Cuerpo es el yo. Todo lo relacionado con el yo es como las zorras pequeñas que arruinan las viñas cuando están en cierne (Cnt. 2:15). Quizás digamos: “No he hecho nada malo. Mi intención hacia la iglesia es buena”. Quizás esto puede ser verdad, pero a la vez hay algo pequeño dentro de nosotros —el yo— que causa daño al Cuerpo. No se requiere que sea algo grande lo que perjudique al Cuerpo; incluso algo pequeño puede dañarlo. Una pequeña paja puede lastimar al ojo, y cuando el ojo es lastimado, todo el cuerpo queda incapacitado para trabajar. Lo mismo ocurre con nuestro yo.

Perder nuestra independencia

En segundo lugar, debemos perder nuestra independencia. Para poner en práctica la vida de iglesia debemos aprender a no ser independientes. No hay independencia en la vida del Cuerpo; sólo hay dependencia. Ninguno de los miembros de nuestro cuerpo puede ser independiente. La independencia trae muerte al Cuerpo y muerte a los miembros. Debemos considerar este asunto en la práctica, y no doctrinalmente. Éste es un asunto vital, un asunto de vida o muerte. Si una mano declara su independencia, significaría la muerte para ésta.

Quizás usted diga que no es independiente, que es un miembro que depende del Cuerpo. No obstante, quiero hacerle una pregunta en cuanto a la práctica, y no en cuanto a la

doctrina: ¿Con quién está usted relacionado? Si le preguntáramos esto a un dedo, éste diría que está relacionado con la mano y con los demás dedos, y si le preguntáramos a la mano, ella diría que está relacionada con el brazo. Estos miembros pueden decir claramente con quién se relacionan. Sin embargo, uno puede ser un buen hermano, alguien aclamado por todos, pero quizás no pueda señalar con quién está relacionado. Podrá ser bueno con todos los hermanos y hermanas, pero es independiente de todos y no se relaciona con nadie.

Es incorrecto formar un partido con alguien sobre la base de que tenemos la misma opinión. Esto sería algo sectario y causaría división tras división. No obstante, en la iglesia debemos estar relacionados con otras personas; esto demuestra que no somos independientes. Estar relacionados con algunos santos sin formar un partido, es una lección difícil de aprender. Es fácil no estar relacionado con nadie, e incluso es más fácil estar relacionado con ciertas personas de modo que se forma un partido. Puede ser que dos hermanos se reúnan frecuentemente, y puede parecernos que los dos son de una misma mente y que pueden orar juntos fácilmente. Si uno dice: “Aleluya”, el otro dice: “Amén”; y si el segundo dice: “Aleluya”, el primero dirá: “¡Alabado sea el Señor!”. Aparentemente tienen el mismo pensamiento, pero quizás la relación que existe entre ellos no sea la apropiada; más bien, puede ser un partido, una secta o una división, con un espíritu sectario. Esto es incorrecto.

Sin embargo, como miembros en la iglesia debemos estar relacionados con algún otro miembro o con varios de ellos. Todos los hermanos y hermanas deben estar relacionados unos con otros. Si decimos que estamos practicando la vida de iglesia, debemos abandonar nuestra independencia y renunciar a ella. Debemos renunciar por completo a vivir independientemente de otros.

Trate de verificar consigo mismo con quién usted está relacionado. Si usted verifica conmigo, yo le diría que estoy relacionado con muchos santos localmente e incluso con más de ellos universalmente. Por el lado negativo, si alguno de ellos manifestara incluso un pequeño indicio de que no está de acuerdo con lo que yo hago, me detendría inmediatamente y le seguiría. Por el lado positivo, todo lo que yo hago es confirmado y aprobado por ellos. Ellos son uno conmigo en el espíritu, y pueden decir: “Está bien, hermano, siga adelante; estamos con usted cien por ciento”. Aquí hay una lección real, práctica y sería que tenemos que aprender. Sin esto, no habrá posibilidad de experimentar la realidad de la vida del Cuerpo. Si seguimos siendo independientes, podremos ser muy amables unos con otros, pero nunca podremos experimentar la verdadera vida del Cuerpo entre nosotros.

Guardar la armonía

En tercer lugar, si hemos de experimentar la vida del Cuerpo, debemos aprender seria y sinceramente a guardar siempre la armonía. Esto no quiere decir que si se hace algo incorrecto, nosotros también estamos de acuerdo con ello, ni tampoco significa que nunca habremos de tener desacuerdos o discusiones. Podemos incluso tener discusiones, pero debemos discutir en armonía. Es posible discutir en armonía. Muchos hermanos y hermanas llevan una vida hermosa de matrimonio en la cual siempre discuten en armonía. Por ejemplo, quizás una pareja invite a alguien a su casa para tener una fiesta de amor y comunión. El hermano desea servir comida china estilo cantonés, pero la hermana quiere preparar comida americana. Discuten sobre esto, pero, aún así, discuten en armonía, en felicidad y alegría. Ésta es una vida matrimonial hermosa y una discusión hermosa. Cuando alguien visita su hogar, puede percibir la belleza y ver cómo la pareja discute maravillosamente en armonía. Por supuesto, debemos aprender la lección de ser cautelosos cuando argumentamos. Muchas veces es fácil entrar en la carne y en el yo cuando discutimos. No obstante, podemos discutir e incluso disputar sobre muchas cosas por amor al Señor y Su testimonio, interés, reino y Su Cuerpo, pero debemos discutir en armonía. Si somos capaces de guardar la armonía, podemos continuar discutiendo, pero si no somos capaces de guardar la armonía, debemos parar la discusión. Aprendamos la lección de guardar la armonía.

La armonía es la verdadera expresión de la unidad entre los hijos del Señor. Hay una diferencia entre unidad y armonía. Podemos decir que somos uno, e incluso ser uno, pero es posible no estar en armonía. Todas las partes de un piano son una entidad, pero cuando tocamos el piano, es posible que no esté en armonía. Un piano debe ser afinado para estar en armonía. Podemos tener unidad sin armonía, pero si estamos en armonía, ciertamente tendremos unidad, porque la armonía va más allá de la unidad. La verdadera expresión de la unidad del Cuerpo es la armonía.

He visto esta hermosa armonía. Cuando estamos en armonía en la iglesia, la presencia del Señor es muy real y, por tanto, automática y espontáneamente Sus riquezas se hacen reales a la iglesia. No hay necesidad de pedir ni de buscar cosas espirituales tales como ser llenos espiritualmente, el derramamiento y los dones espirituales. Si simplemente estamos en armonía, todas estas cosas serán nuestras espontáneamente. Sé de lo que estoy hablando porque lo he visto. Aprendamos la lección de guardar la armonía.

La armonía es un asunto muy delicado y profundo; nos controla y nos rige en gran manera. Si realmente tenemos un corazón sincero en cuanto a guardar la armonía entre los hijos del Señor, seremos controlados y gobernados por la realidad celestial. Seremos gobernados, controlados y dirigidos por la vida interior, la unción interior y la presencia

interior del Señor. Seremos regidos interiormente al actuar, al hablar, e incluso al pensar, y seremos muy finos al tratar ciertos asuntos. Seremos muy tiernos a fin de guardar la armonía. Entonces podremos discutir con otros de una manera muy delicada y fina, y con mucha armonía.

**Recordar que Cristo y Su Cuerpo
es lo primordial,
y todas las demás cosas son secundarias**

En cuarto lugar, debemos tener siempre presente que nada es más importante que Cristo el Señor y Su Cuerpo. Recuerden siempre que todas las demás cosas son secundarias; sólo el propio Señor y Su Cuerpo son primordiales. Todas las demás cosas no son para sí mismas, sino para Cristo el Señor y para Su Cuerpo, que es la iglesia. A veces hacemos o decimos algo y lo consideramos más importante que Cristo y la iglesia. Sin embargo, todas las cosas, incluso las enseñanzas, las doctrinas, las verdades y las experiencias, son dadas para la iglesia y para la Cabeza, el Señor. No debemos hacer nada ni insistir en nada que cause daño a la vida de iglesia en lo más mínimo.

Cuando hablo acerca de las verdades del reino y otras verdades, no tengo ninguna intención de forzar a nadie a creer lo que yo creo o a seguir el camino que yo sigo. Ésa no es mi intención en absoluto. Mi intención es que estas verdades ayuden a los demás a amar al Señor, a buscarle más, a experimentar la vida espiritual apropiada y a poner en práctica la vida de iglesia más y más. Con tal que alguien ame al Señor, le busque, le experimente, viva por Él y se reúna con los santos a fin de exaltarle y exhibirle más y más, estoy contento. Estaré contento incluso si alguien difiere completamente de mí respecto a ciertas verdades. No conocemos las verdades como un fin en sí mismas; más bien, todas son para Cristo y la iglesia.

Por otra parte, si alguien recibe estas verdades y está de acuerdo con ellas, no debe discutir con otros acerca de éstas ni debe intentar convencerles. No predicamos verdades, sino que predicamos a Cristo. Nuestra intención, comisión y carga no es predicar doctrinas, sino predicar a Cristo y ministrarlo a los demás. Por supuesto, a veces necesitamos las doctrinas y las verdades como medios para ayudar a las personas a conocer más a Cristo, pero las verdades no existen para sí mismas; todas las verdades deben ser para Cristo, para la iglesia y para la vida espiritual apropiada. Con tal que la gente reciba a Cristo, le experimente, y ame más al Señor, estaremos contentos y alabaremos al Señor, sin darle importancia a las verdades acerca del reino, del arrebatamiento u otros asuntos. No nos interesan tales asuntos; nos interesa el Señor mismo y Su Cuerpo. No debemos ir a predicar estas verdades y discutir con las personas

acerca de ellas. Si hacemos esto, le habremos fallado totalmente al Señor. Debemos darnos cuenta de que el objetivo y la meta es Cristo y la iglesia, el Señor y Su Cuerpo.

Debemos guardar los cuatro asuntos antes mencionados. Tenemos que rechazar nuestro yo, renunciar a nuestra independencia, esforzarnos por guardar la armonía y tener siempre presente que nada es más importante que Cristo y Su iglesia. Si hacemos esto, estaremos en la realidad de la vida del Cuerpo. Simplemente les presento esto de manera breve y con pocas palabras. Tratemos de aprender estas lecciones. Entonces comprenderemos lo prácticas que son, y a la vez, entenderemos que éstas son una prueba para nosotros. Estas lecciones nos ponen a prueba y nos examinan. El yo, la independencia, la falta de armonía y el hecho de dar un énfasis excesivo a otros asuntos aparte de Cristo y Su iglesia, son todos asuntos que causan daño y matan la vida de iglesia.

Aprendamos las lecciones sobre este tema y que nos conducen hacia esta meta. Aprendamos las lecciones de renunciar a nuestro yo, de olvidarnos de nuestra independencia y de guardar la armonía de una manera dulce, fina y delicada entre los santos. Además, recordemos siempre que estamos aquí sólo para nuestro querido Señor y para Su Cuerpo; ésta es nuestra comisión, nuestro negocio. Si hacemos esto, estoy seguro de que en poco tiempo experimentaremos la realidad de la vida del Cuerpo. Entonces habrá la verdadera edificación de la iglesia. Tendremos la certeza de recibir todas las riquezas que Cristo tiene para Su iglesia, y de que éstas serán hechas reales para nosotros, y veremos una situación maravillosa y hermosa. No hay necesidad de que busquemos otras cosas espirituales. Simplemente debemos proseguir con el Señor al aprender estas lecciones.